This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

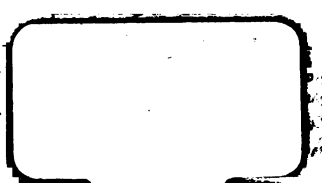
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS



Tradiciones y Recuerdos
DE TOLEDO

POR

Juan Moraleda y Esteban

Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia

TERCERA EDICIÓN

CORREGIDA Y AUMENTADA

TRADICIONES. El sepelio de una mártir.—La plaza de la Victoria.—Un convite y una dádiva.—Las campanas de S. Lucas y Sto. Tomás.—El premio de unos zapatos.—El Cristo de las Aguas.—El agua de la Virgen.—El héroe del Tajo.—La piedra blanca del Cristo de la Luz.—El salto del fraile.—Dos génios burlados.—El hijo del Arzobispo.—El Alcázar de Toledo.—El jardin de la roca Tarpeya.

RECUERDOS.—*(Romances históricos.)* Origen de Toledo.—Cátedra subterránea.—Una fiesta entre romanos.—El Rey vencido y el vencedor.—Ultraje por ultraje.—La hazaña de Pero Ansúrez.—Hidalguía castellana.—Noche de venganza.—La elección de Juan Tavera.—El dia del Corpus.—Los reviernes.

APÉNDICE I. Notas á la tercera edición de las TRADICIONES Y RECUERDOS.

APENDICE II. Tradiciones y recuerdos de Toledo que han publicado diversos periódicos y obras particulares, con expresión de sus autores y fechas.

APÉNDICE III. Inexactitudes.—Notas bibliográficas.

TOLEDO

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN DE NEXCO HERMANOS

Comercio, 57—Sillería, 15

MDCCCLXXXVIII

TRADICIONES

Y

RECUERDOS DE TOLEDO

POR

JUAN MORALEDA Y ESTEBAN

TOLEDO
IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN
DE MENOR HERMANOS
Comercio, 57, y Sillería, 15
1888

DP
402
.T7
M83
1888

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el depósito que marca la ley.

65502-013

Á MIS BUENOS AMIGOS

A vosotros, que con placer leeis y escuchais cuanto á la heroica Ciudad se refiere, dedico la presente insignificante colección como las anteriores: aceptadla en prueba del cariño que os profesa vuestro afectísimo

El Autor.

AL LECTOR

TOLEDO, *la patria de los primitivos campeones del suelo hispano, más tarde la morada de esforzados monarcas; la ciudad que dió abrigo á prelados y magnates cuando á concilio se reunieron en su vega; la que vió nacer eminentes matronas y varones ilustres de virtud acrisolada; la que sacudió con bravura el infamante yugo del opresor agareno y luégo fué cuna del infortunado Padilla;..... la que hoy sola y abandonada á merced de lucrativos arqueólogos mira como la despojan envidiosos de los artísticos clavos de sus gallardas portadas, de sus delicadas tallas, sus columnas y esculturas, ajimeces, bordados y tejidos inapreciables, armas blancas, y todo cuanto bueno posee; la que por su aspecto de venerable anciana, sufre la mofa inicua de algunos insensatos ha merecido en todos tiempos que salgan á la luz pública y se divulguen las grandezas, lances de honor y amores de sus habitantes, así como los hechos sobrenaturales que en ella han tenido lugar, conservados ya en polvorosas cró-*

nicas, ya de padres á hijos, siendo todas estas descripciones la fotografía más acabada de cuantas idearse puedan de aquellos titanes de mejores días.

Rindiendo tributo de admiración y respeto á tan notables épocas, intento unir en esta tercera edición de mis TRADICIONES Y RECUERDOS DE TOLEDO *algunos artículos diferentes de los ya conocidos y corregir insignificantes erratas en otros, ansiando, como premio á mis recientes efímeros trabajos, la aceptación social que inmerecidamente en los anteriores* FOLLETOS *alcanzara, por lo que hago público mi agradecimiento.*

Tradiciones

EL SEPELIO DE UNA MÁRTIR

Dueños ya los romanos de la ciudad de Toledo, en los principios del siglo IV de la era cristiana, pretendieron comunicar á sus indómitos moradores la pérfida semilla de su falsa religión.

Los descendientes de celtas é iberos, que de antiguo adoraban al *Redentor del mundo*, instruídos por los discípulos de tan sabio *Maestro*, resistieron con audacia la imposición de los idólatras dominadores, viéndose estos obligados á dar cuenta al Senado de Roma de tamaña rebeldía.

Con objeto de hacer adorar sus dioses al pueblo español, enviaron los *ediles* varios emisarios con órdenes terminantes: ó reconocer la divinidad de los ídolos, ó sufrir tormentos inauditos; este era su mandato.

Vino á Toledo á cumplimentarle *Daciano*, el cual no tardó en dar comienzo á sus pesquisas.

Una tierna joven, educada en el monasterio de las Hijas de Elías, nominada *Leucadia*—que significaba mujer blanca—fué la primera víctima que le presentaron sus soldados como rebelde á dar cumplimiento á sus edictos.

Agotó el enviado extraordinario cuantas patrañas pudo idear su maligno ingenio para disuadir á la bella *Leucadia* de las creencias que públicamente dijo profesaba, y como á pesar de todo viera sus esperanzas fallidas, sin dilación dispuso encerrarla en una horrible mazmorra y azotarla cruelmente.

Hiciéronlo así sus súbditos, no una, sino varias ocasiones, hasta dejarla semicadáver, sin volverla á ver en algún tiempo.

EL SEPE[illegible]

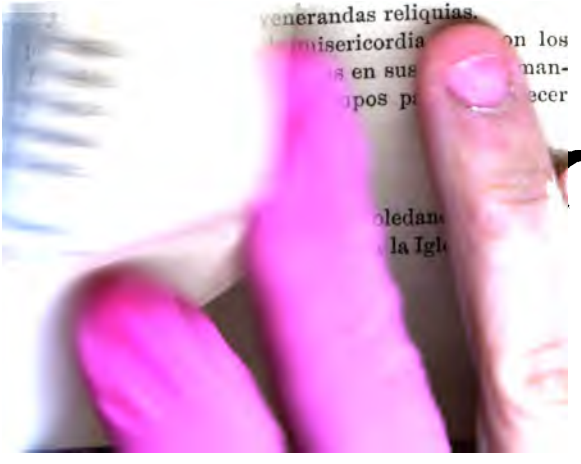
Dueños ya los [illegible] ...cir
...os principios del [illegible] ...llan-
...lieron comunicar [illegible] ...manos
la semilla de su [illegible] ...permitida

Los descendien[illegible] ...argara aque-
...doraban al Redentor [illegible] ...grupados, fue-
...cípulos de tan [illegible] ...a sepultar, cual
la imposición de [illegible]
estos obligados [illegible] ...luna por el firma-
maña rebeldía [illegible] ...á la vista de los

Con objeto [illegible] ...á ser vistos ni oídos
pañol, envia[illegible] ...a por aquellas sendas
terminantes [illegible]
sufrir tor[illegible] ...virgen y mártir divisaron,

Vino á [illegible] ...ron á su presencia, y ento-
no tard[illegible] ...los auxilios divinos para la

Una [illegible] ...a ellos mismos. Acto segui-
Hijas [illegible] ...locaron allí los helados res-
muj[illegible] ...los luégo con piedras enor-
sen[illegible] ...lo un rústico mausuleo, pero
to[illegible] ...evitar que las aves de rapiña
...venerandas reliquias.
...misericordia [illegible] ...on los
...s en sus [illegible] ...man-
...pos p[illegible] ...ecer



...oledan[illegible]
...la Igl[illegible]

Hallábase la cárcel destinada á su martirio en el lugar nominado Capuchinos, detrás del regio Alcázar.

Desde que *Leucadia* fué presa, los buenos ciudadanos que escucharon distintas veces de sus labios purísimos la explicación de las doctrinas del *Redentor*, no dejaban de orar por ella, bien aislados en sus hogares, bien reunidos en selváticas guaridas.

Los ruegos emanados de corazones caritativos fueron sin duda escuchados en la región de la dicha; mas era llegada la hora de comenzar lo prometido, de morir por Dios, y así había de verificarse.

Una noche los centinelas de la cárcel sintieron sobrenatural ruido y voces que no les fué posible comprender; quizá fueran coros angélicos que entre armoniosos cánticos elevaran al cielo el alma de la paciente mártir.

A la mañana próxima acercáronse á la mazmorra, donde sólo hallaron el rígido cuerpo de la joven predicadora cristiana.

Dieron cuenta del suceso á *Daciano*, y éste ordenó que fuera el cadáver conducido y arrojado, como de costumbre en otras ciudades, detrás de un templo pagano en ruinas—que estaba situado en la Vega, cerca de la margen derecha del Tajo.

Los soldados imperiales atrezaron con cuantos arreos eran indispensables el vehículo destinado á este servicio, y antes que la noche tendiera por el horizonte sus enlutadas gasas, colocaron sobre aquel á la delicada mártir, sin cuidarse de cubrir sus flageladas carnes con sus ledos vestidos, y custodiándola cual reo que al suplicio camina, cruzando por el centro de la ciudad y saliendo por la puerta más próxima al anfiteatro, se dirigieron al sitio mencionado, en donde,

como despojo vil de hidrófobo cuadrúpedo, la abandonaron sin darla siquiera sepultura.

Los de Toledo, que vieron la manera de conducir el cuerpo de su paisana querida, vertieron amargo llanto, y á ser posible le hubieran arrancado de las manos de sus inicuos portadores. Mas no les era permitida esta acción por evitar nuevas venganzas.

Ocultaron por fin el duelo que les embargara aquella tarde, y una vez llegada la noche, agrupados, fueron con toda precaución á la Vega, para sepultar, cual merecía, á la ínclita *Leucadia*.

No esparcía sus manojos de luz la luna por el firmamento. Negras nubes la ocultaban á la vista de los mortales, y por esto no llegaron á ser vistos ni oídos los cristianos que tan á deshora por aquellas sendas caminaban.

Cuando el cadáver de la virgen y mártir divisaron, acercáronse á él, se postraron á su presencia, y entonaron preces, implorando los auxilios divinos para la difunta maestra y aun para ellos mismos. Acto seguido abrieron una fosa y colocaron allí los helados restos de aquélla, cubriéndolos luégo con piedras enormes, labrando de este modo un rústico mausuleo, pero suficientemente capaz de evitar que las aves de rapiña cebaran su pico en tan venerandas reliquias.

Terminada esta obra de misericordia tornaron los cristianos á la ciudad envueltos en sus luengos mantos, y formando pequeños grupos para desvanecer sospechas.

En este panteón veneraban los toledanos á la noble *Leucadia*, hasta que se dió la paz á la Iglesia, en cuya

época se la dedicó un templo en el mismo sitio en que fué sepultada, el primero que se construyó en esta capital, erigido más tarde en Basílica: la Basílica donde se celebraron los Concilios.

Sobre las ruinas de la casa en que nació, existe una Parroquia que lleva su nombre, y en ella se conserva la cueva en que hizo sus primeras oraciones.

LA PLAZA DE LA VICTORIA

I

En el extremo Norte de la tortuosa calle del Nuncio Viejo, y antes de dar vista á la antigua casa de PP. Jesuitas—hoy parroquia de San Juan Bautista y Gobierno provincial—hay una plaza nominada de los Postes—tal vez por los que en ella hubo en tiempos, pertenecientes á la primitiva Iglesia de San Juan que allí
ó—al presente convertida en reducido jardín,
as al celo del Municipio.
aspecto general que en el año 66 del siglo XII
entara esta plaza, desapareció de un todo en las
sivas restauraciones llevadas allí á cabo á través
tiempo.

En lugar de balcones, miradores y reducidas ventanas, tendrían sus edificios descomunales rejas de pesadas barras de hierro, y portadas embellecidas con detalles curiosos.

Nada, pues, conserva de su antigua grandeza. Sólo un hecho da armas que en tan reducido espacio se verificó en la citada fecha, presta motivo para ocuparse de ella, y es sobradamente notable para que su nombre actual sea sustituído por el que al frente de estos párrafos se halla.

II

Contaba á la sazón D. Alfonso VIII de Castilla, hijo de D. Sancho III, trece años de edad, cuando secreta-

mente fué introducido en la encumbrada torre de San Román, pasando desde el palacio de los Illanes á ésta por una cueva secreta.

El objeto que D. Esteban de Illán se propuso al obrar de este modo, fué el de proclamar á D. Alfonso, Rey de Castilla, en un momento inesperado por los señores D. Fernando de León, Gobernador de los reinos, y D. Fernando Ruiz, Alcaide de la ciudad y del Alcázar, contrarios del Rey.

Era el de Illán, de noble aspecto; su decidido arrojo en los asuntos de la corona, de todos era sabido, y por ello se le reputaba de hombre de pericia y de corazón.

No desconocía cuantos planes habían puesto en juego sus enemigos para desvanecer sus propósitos; mos en tanto que urdían á su placer tales medios, acrecentó de manera fabulosa sus escuadrones; y una mañana cuando el Gobernador de los reinos y el Alcaide del Alcázar dormían sobre sus futuros lauros, amaneció en la mencionada torre la bandera de Castilla con el lema *Castilla por Alfonso VIII,* y acto seguido las huestes del joven Monarca se esparcieron por la ciudad para posesionarse sucesivamente de los puntos estratégicos que por entonces en ella había.

Pronto llegaron las nuevas al régio Alcázar, donde recibidas fueron con indignación.

Armáronse sin tregua los guerreros adictos al Gobernador y Alcaide, y se encaminaron hácia la casa de Illán y parroquia precitada, pretendiendo sofocar aquel alboroto; mas los defensores del Rey les detuvieron en la plaza dicha, y trabóse entre ambas legiones una encarnizada lucha, en la que quedaron vencedores los del partido de Illán, que luégo se apoderaron del Alcázar.

Una vez pacificada la ciudad, y dueño el Monarca de los rebeldes, determinó fueran ahorcados.

En quien sus disposiciones no se cumplimentaron fué en D. Fernando el Alcaide del Alcázar, que seguido de algunos de los suyos se alejó por el viejo puente de Alcántara sin ser visto.

III

Desde aquella época, entre los conocedores de las glorias de Toledo, viene la costumbre de llamar, al lugar donde esto ocurrió, *de la Victoria*, por más que debido á otras causas se le dé el nombre *de los Postes*, más impropio que el anterior.

Los héroes que lucharon en favor de D. Alfonso VIII en tan memorable día, según la tradición, tuvieron el privilegio de ser sepultados en la Parroquia de San Román, en la que se enseñan hoy al viajero sus acartonadas momias, junto á las de varios magnates de Castilla.

UN CONVITE Y UNA DÁDIVA

Con nobles y elevados fines erigieron los católicos Monarcas D. Fernando V y D.ª Isabel I el edificio de *San Juan de los Reyes*, esa maravilla del arte ojival, ese conjunto de primorosas agujas que, batidas por los huracanes, en medrosas noches, simulan encantados brujos invencibles.

Era el principal, según unos, crear en él un Cabildo, que tributara incesantes alabanzas á Dios por los beneficios dispensados á la corona, y según otros legarle á una comunidad religiosa.

Otro era el de proporcionar á sus restos mortales, bajo aquellas bóvedas, tranquila y sencilla sepultura.

Esto último habríase verificado si la parca no hubiera sorprendido más tarde á tan esclarecidos héroes lejos de la imperial ciudad; pero la creación del nuevo Cabildo, quedó anulada al escuchar los Reyes las razones que el Primado les adujera.

En vista de esto, pensaron aquéllos adicionar al templo edificado algunas dependencias más, y destinar todo á monasterio, cosa que, merced á su desahogada posición, con facilidad ejecutaron en breve plazo relativamente.

Por entonces tenían los Monarcas grandes simpatías con los RR. PP. de la Orden de San Francisco, que habitaban en el monasterio situado en la plazuela de la Concepción.

Una mañana mandaron al citado convento un enviado de la Real Casa, quien participó á los franciscanos en nombre de SS. AA. que tendrían especial placer en que les acompañaran á comer por vez primera

dentro del gigantesco recinto de San Juan de los Reyes, para lo cual les aguardaban á la hora de costumbre en aquel futuro plantel de ascetas.

Aceptaron los frailes el convite, mas por complacer á tan eminentes personajes que por el deseo de saborear delicados manjares y libar sendas copas de castellano licor, y despidieron al enviado cortesmente; que para nadie escasearon jamás las deferencias.

En el tiempo que medió desde este aviso hasta el momento de la cita, acudieron los Reyes acompañados de su séquito, al recién construído edificio, para disponerse á recibir á los reverendos convidados.

Próxima la hora del banquete se presentaron en aquél los religiosos en corto número, acompañados del P. Prior. Penetraron en los claustros bajos, y guiados por dependientes regios cruzaron escaleras y pasillos hasta ponerse á las órdenes de SS. AA. con profundo respeto.

A poco, entraron en pláticas de diversa índole hasta que, preparada la mesa, se congregaron en derredor de ella Reyes y vasallos, comenzando á deglutir manjares que como imaginarse puede serían de extremado gusto y condición.

No pasó desapercibido para alguno de los asistentes la ausencia de cierto servidor, sin que se explicase á sí mismo el por qué de aquel hecho. Un mandato de los Reyes motivó su salida del edificio en ocasión tan crítica.

Era preciso mientras el banquete tenía lugar, dirigirse al convento de los PP. y pedir los Breviarios para que los mismos rezaran vísperas terminado aquél y así lo verificó, depositándolos á su vuelta donde se le ordenara.

Repletos ya los estómagos y agotados cuantos chistes es notorio sabían referir los frailes, haciéndolos servir como de salsa que singular sabor comunica á los alimentos, dieron gracias por ellos á Dios, y tornaron á las pasadas pláticas: unos conversaron sobre política, otros sobre ciencias y artes, y algunos de asuntos de conciencia, en lo cual emplearon extenso rato.

Viendo los PP. que se acercaba la hora de vísperas intentaron despedirse de los Reyes para encaminarse al convento y rezar dichas horas en unión de la comunidad, á lo que SS. AA. les contestaron que allí tenían ya Breviarios con que cumplir tan sagrado deber sin necesidad de ir al convento.

Extrañó en alto grado á sus RR. esta contestación, mas sin réplica, encerráronse en cómodo recinto, donde en poco tiempo despacharon su ineludible lectura.

Tornaron de nuevo á reunirse con las reales personas, en cuya compañía recorrieron todas las dependencias de la obra enorme, y cuando estuvieron en el claustro alto, fueron interrogados sobre si les agradaba aquella mansión, á lo que contestaron afirmativamente, dispensando todo género de elogios á sus piadosos iniciadores.

Entonces los Reyes, con la severidad que de abolengo venían demostrando, manifestaron á los religiosos que desde aquel día podían disponer del monasterio como suyo, puesto que para ellos le habían rehabilitado; advirtiéndoles que sólo faltaba trasladar las camas y enseres propios de su santa misión, pues la enorme biblioteca y la despensa les aguardaban plenamente surtidas. Admiráronse los PP. al oir de labios tan respetables una cesión tan absoluta y desprendida como inesperada.

Permitiéronlos entonces volver al convento con objeto de que comunicaran la dádiva á los demás religiosos, como lo verificaron, trasladándose hasta él automáticamente.

Dieron en comunidad gracias á Dios por tal misericordia, y se instalaron en el nuevo asilo el año 1477, en el que como primer novicio ingresó *Fr. Francisco Jiménez de Cisneros.*

LAS CAMPANAS DE SAN LÚCAS Y SANTO TOMÁS

I

Varios de los notables hijos de Toledo habían pasado la tarde de un día del año 1520 bajo los góticos y espaciosos claustros de la Santa Catedral, como tenían de costumbre, conversando acerca de cómo pondrían coto á los desatinados planes del joven Emperador, que intentaba, poniéndolos en práctica, posponer los consejos de los castellanos, apreciables sin disputa.

El tiempo se deslizaba, la noche venía, y los claustros habían de cerrarse, y nada en resumen se había decidido sobre el asunto tan trascendental, sobre la proclamación de los derechos del pueblo.

Un solo inconveniente dilataba la realización de tan enorme problema: de todo se disponía, de hombres, de armas manuables, de valor, pero se carecía de cañones que pudieran hacer frente á las baterías del hijo de *Juana la Loca*.

Reunidos de nuevo los caudillos en la plaza del Concejo, hoy del Ayuntamiento, cuando ya las sombras de la noche imperaban doquiera, y á punto de retirarse cada cual á su morada, llevando en su pecho ardoroso y noble, vivo deseo de tomar parte en la honrosa sublevación proyectada, uno de aquellos héroes, alzando la voz y haciéndose escuchar de todos, como si su jefe fuera, pronunció estas palabras: *pronto habrá cañones con que combatir, seguidme.*

Cuantos le rodeaban caminaron tras él, y cruzando callejones, plazoletas y pendientes, llegaron, antes que la hora de la *queda* anunciára la campana de la

Catedral, á la plazuela de San Lúcas, donde volvieron á agruparse silenciosamente.

Todos estos preparativos y otros verificados á la luz del día, eran conocidos por las huestes imperiales; mas no intentaban desbaratarlos, temiendo una sublevación del pueblo en masa, como sucedió luego.

Apenas habían llegado á la mencionada plazuela los próceres toledanos, presentáronse algunos pajes suyos, que, de antemano avisados por el jefe, partieron en busca de cuerdas, garfios y otros utensilios, y al momento dijo el que prometió hallar pronto cañones: *La empresa es justa; valor y que Cristo nos ayude.*

Mandó inmediatamente subir á la torre de aquella parroquia Muzárabe á sus pajes, para que descolgaran una campana, lo que con prontitud y maestría ejecutaron, sin que escaso ruido promovieran. Hízola conducir á sitio determinado, y á una mera insinuación del mismo caballero pusiéronse en marcha todos los demás.

Caminando de nuevo, en breve rato llegaban al pie de la esbelta torre de la parroquia de Santo Tomás, fundada por el Conde de Orgaz D. Gonzalo Ruiz de Toledo, en la que el presunto jefe hizo verificar lo mismo que en la de San Lúcas, determinando depositarla donde la primera, hasta nueva orden, cosa que cual se mandaba se verificó. Al caer la campana al suelo quedó algo soterrada en la embocadura de la calle que hoy lleva su nombre.

En tanto que por las calles de la ciudad marchaban silenciosos los defensores del bien del pueblo, no faltaban curiosos que, ora desde sus entreabiertas ventanas, ora siguiéndolos con precaución, llegaron á ponerse en conocimiento completo de cuanto se trataba, ingre-

sando desde aquel instante en las numerosas filas de los esforzados Padilla, Bravo y Maldonado.

Uno de aquellos se ofreció á nuestros varones ilustres para transformar en armas de guerra aquellas dos campanas, y aceptada su proposición, comenzó sin tregua su cometido.

Adquiridas ya las prendas tan deseadas para su objeto, decidióse comenzar la obra en cercana hora: mientras llegaba partieron en distintas direcciones los caudillos, encerrándose cada cual en su hogar, deseosos de combatir, y en tanto que D.ª María de Pacheco todo un día postrada ante la imagen de la Virgen del Sagrario en la Catedral oraba por el éxito de la empresa.

Llegado el momento oportuno, colocáronse los dos cañones á los extremos del palacio del general de la sublevación, Padilla, sito detrás del Monasterio de religiosas Bernadas de San Clemente, y de allí fueron trasladados á las poblaciones en que la artillería debió llenar su puesto.

II

Cuando las comunidades de Castilla fueron derrotadas en Villalar, pasaron las citadas piezas al dominio de los artilleros imperiales, y los huecos que dejaron en las torres citadas las campanas con que éstas se construyeron, aún están sin cubrir, para perpetuar tan singular ejemplo.

Doña María de Pacheco, viuda de Padilla, tomó de la Catedral—con el beneplácito del clero—las piezas siguientes, para satisfacer gastos de las huestes derrotadas: una custodia de plata que pesó 328 marcos, tres lámparas, candelabros y otros objetos.

EL PREMIO DE UNOS ZAPATOS

I

Como el agua busca el río
Y el río busca la mar.

Así va la tradición á la historia, pero así como del río se pierde mucha agua antes de su llegada á los mares se pierden de las tradiciones del pueblo muchos detalles que no recoge la historia, porque ésta más severa que aquéllas, temiendo el error y huyendo de la fábula no da cabida en sus páginas á hechos que al parecer carecen de importancia, pero que muchos de ellos hieren vivamente la imaginación del pueblo á la vez que se convierten en saludables máximas.

Lo difícil en la tradición es apartar con ánimo sereno y sensato juicio lo cierto de lo dudoso, lo sublime de lo ridículo.

.....

Toledo, como todas las poblaciones antiguas, abunda en tradiciones de que los poetas no han solido sacar partido. La presente corre de boca en boca, pero ignoramos si se ha escrito de ella; tal vez por su extremada sencillez no se presta á la fábula con que de continuo se desfiguran los hechos.

Preferimos esta sencillez, aunque realmente tampoco podríamos salir de ella, y nos concretaremos á referir la tradición, siendo cronista que relata y no poeta que adorna y fascina.

II

Se dice que por los años 1551 habitaba en la calle de la Obra-Prima —estrecha y desigual como la mayor par-

te de las de Toledo—un maestro zapatero, en unión de su cónyuge y dos hermosas hijas, fruto de sus amores, cuyas adolescentes eran el encanto de los parroquianos que á calzarse acudían á la tienda del honrado artista.

Durante las veladas del otoño mortificaban las hijas á su anciano padre sólo por oir sus buenas ocurrencias, recordándole la promesa que tiempo atrás le hiciera un estudiante sobrado de ingenio cuanto falto de pitanza: promesas que él mismo refirió á las jóvenes como caso original de agudeza estudiantil.

—Bien os la dió padre mío—decía de vez en cuando una de ellas: á vos, tan listo y con tanta experiencia.

Engolfado el maestro en sus nocturnas ocupaciones escuchaba á las morenas púberes paciente hasta el colmo, pudiendo decirse de él que era trasunto acabado de la paciencia.

III

En tanto que estas escenas se repetían en el taller cercano á la Catedral, quiso la justicia transformar al estudiante de la tradición en Arzobispo de Toledo, después de hacerle experimentar las amarguras de la pobreza y los tormentos de la privación; dotándole la providencia de espíritu tal, que fué una de las más culminantes figuras de su época.

Una vez posesionado de la mitra de San Ildefonso, pensó y llevó á cabo la idea de crear un *Colegio de Doncellas vírgenes* donde educar jóvenes del sexo bello que más tarde fueran modelo de madres y encarnación perfecta de la castidad, á cuyo fin otorgó escritura en la sultana del tajo en 25 de Octubre de 1551, ante el escribano de número D. Juan Sánchez.

Terminado el referido edificio, y exornado al gusto de aquel tiempo, dió trazas para buscar jóvenes cristianas que le habitaran, siendo su primer diligencia encarecer le llevaran noticias de un decrépito maestro zapatero que habitaba en la calle de Obra-Prima, cuyo nombre citó.

Practicáronse las consiguientes gestiones y habiendo logrado hallarle, hiciéronle acudir al Palacio Arzobispal aunque con la lentitud y torpeza propia de sus años, ocurriéndosele mil juicios sobre el motivo que ocasionara su presencia en tan encumbrada estancia, sin presumir ni por acaso que fuera el Arzobispo el estudiante de antaño.

Presentado que fué á Su Eminencia y después de animado diálogo,—en el que se reconocieron el prelado y el honrado maestro,—puso el sucesor de los Mendozas y Cisneros en conocimiento del artesano que ya era tiempo de que recibiera el premio por los zapatos que siendo estudiante pobre había hecho la caridad de darle: siendo su voluntad cumplirle la palabra que le empeñara dotando á sus dos hijas con una plaza respectivamente en el entonces nuevo Colegio de Doncellas vírgenes.

Trémulo de placer el constructor de calzado recordó en aquel momento la entrevista primera que en su vida tuvo con aquel hombre que desconocía y respetaba, al propio tiempo que su aturdida imaginación quería como hacer brotar la duda ante tan inesperado beneficio, y con llanto en los ojos mostrando en sus facciones satisfacción ilimitada besó el anillo de brillantes piedras preciosas que el Arzobispo lucía en su diestra, dióle de todo corazón gracias por su inimitable conducta, y descendió de la cámara del primado

maquinalmente, encaminándose por la *calle del Hombre de Palo* hacia su morada de la *de la Obra-Prima*, en la que con regocijo justo refirió el motivo que cerca de la primera autoridad eclesiástica de la nación le hizo comparecer, terminando su acalorado relato diciendo que la promesa del estudiante se iba á cumplir puesto que era Arzobispo de Toledo y deseaba satisfacer el premio de los zapatos que le diera cuando de paso estuvo en esta ciudad, donando dos plazas de colegialas en el de Doncellas vírgenes á las dos hermanas, que abusando de su paciencia le dirigían incesantes cargos y chanzonetas tiempo atrás.

Las doncellas se apresuraron entonces á interrogar el nombre de su bienhechor, transformando sus hermosos ojos en torrentes de lágrimas.

D. Juan Martínez de Siliceo, repuso el anciano zapatero, y reclinándose en un mugriento sillón de brazos adornado de clavos de dorada cabeza, puso la suya entre los puños, contraídos por la excitación del inexperado placer, y no cesó en largo rato de murmurar á media voz, entre adormecido y congojoso estas frases: ¡gran premio el de los zapatos!

EL CRISTO DE LAS AGUAS

I

Existe en la imperial Toledo una Congregación religiosa, creada por el famoso Cid, Rodrigo Díaz de Vivar en 1085, bajo el título de la *Santa Vera Cruz,* teniendo la particularidad de ser la primera que se conoce de este nombre. A ella pertenecieron en todas las épocas los más leales caballeros de Castilla, defensores de la ley de Cristo.

Tributaba anualmente solemnes cultos ante un Santo *Lignum Crucis,* en la Parroquia Muzárabe de Santa Eulalia, la más cercana al *barrio de la judería,* hasta que por disposición de la Superioridad, tal vez por la supresión de estas Iglesias y traslación del rito Isidoriano á la Catedral, se constituyó en el convento de PP. Carmelitas calzados—cuya fundación data de mediados del siglo XVI—sito al pie del majestuoso Alcázar, y edificado sobre las ruinas del templo de Santa María de Alficén.

En los primeros años de su traslación á la sala del Carmen creció de tal manera la devoción de los toledanos hacia ella y sus prerrogativas, que determinó Dios remunerar la fe inusitada del pueblo creyente con una joya de raro precio, entregándosela mediante un portento visible de su omnipotencia: portento que la tradición ha perpetuado hasta nosotros como á continuación se cita.

II

Corría la segunda mitad del siglo décimosexto. (1)

(1) Debió tener lugar este hecho entre los años 1549 y 1581 á juzgar por una Bula del Cardenal A. Farnesio.

En aquella época ya existía al S. del puente de Alcántara una presa que encaminaba la corriente del Tajo hacia los molinos que aún se conservan con el título de El Artificio, por haber fabricado junto á ellos unos mecánicos alemanes de orden de un Mayordomo de S. M. C. D. Carlos V cierta máquina que elevara hasta Zocodover caudal de agua suficiente para abastecer á la ciudad, y al lado de los que más tarde construyó *Juanelo* su inmortal artificio con idéntico objeto.

Era costumbre á la sazón, proporcionarse el sustento las clases proletarias de Toledo, ora sacando peces del río y arenas de que extraían ínfimas cantidades del rey de los metales, ora conduciendo á la población cargas de agua en jumentos.

Sorprendióles un día, en medio de sus faenas, el ver cómo en el río y junto á la presa de los molinos, flotaba una enorme caja de tosca construcción, y su pasmo subió de punto cuando al pretender recogerla observaron que burlando sus esfuerzos huía de los que á ella se acercaban y se trasladaba á la margen opuesta del Tajo, cual si un resorte mágico la impulsara.

Absortos corrieron á la población, y á cuantos al paso veían relataban el caso, y unos dando crédito á lo referido, bajaron á presenciar las infructuosas tentativas de los buzos y artesilleros, y otros, ó lo despreciaban juzgando el suceso de satánico, ó calificaban á los braceros de visionarios.

No tardó en llegar la noticia á las autoridades y corporaciones religiosas, quienes en dilatada comitiva, bajaron á la margen del río (llevando sus insignias y pendones) para interrogar á aquella flotante arca, en nombre de Dios—como se acostumbraba en tales acontecimientos— *qué quería y á qué venía.*

Cada corporación, según su dignidad é importancia, fué haciendo las preguntas citadas con el mayor método y recogimiento, sin que obtuviera de aquella masa insumergible demostración alguna apreciable.

Continuó el interrogatorio, y la admiración de los concurrentes acreció cuando al llegar el turno á la Congregación de la Santa Vera Cruz y los PP. Carmelitas, vieron acercarse á la orilla la misteriosa caja.

Con avidez asombrosa entonces, arrojáronse al agua varios nadadores y empujándola, pronto se enjutaba en la arena de la ribera.

Con los ojos inyectados la generalidad de los asistentes, trasunto fiel de la emoción que sus corazones agitaba, siguieron cuantos movimientos se ejecutaron con la caja, deseosos de ver lo que en su interior contenía.

Lágrimas rodaron por sus megillas, y exclamaciones sinceras de bendición lanzaron sus gargantas, cuando separado unos de sus testeros y tomando un padre Carmelita un rótulo que dentro de ella venía le oyeron decir «*Voy destinado para la Santa Vera Cruz de Toledo*», mostrándoles á seguida un *Crucifijo* de no excesivo tamaño, moreno y de larga melena. (1)

Ebrio de gozo el pueblo de Toledo y sus representantes, improvisaron una solemne procesión para conducir la severa imagen á la Sala del Carmen Calzado, según era su deseo, donde se ha venerado hasta la supresión de las comunidades religiosas, habiendo luego sido trasladada á la Parroquia de Santa María Magdalena, donde hoy se guarda.

Desde su *prodigiosa venida*—según dicen todos los

(1) Consta el dato de este rótulo en un documento de la Congregación, firmado por el Sr. Obispo de Taumasia, Auxiliar de Toledo, en 14 de Febrero de 1784.

documentos que conserva la Congregación—se le ha dado culto con el título de *El Cristo de las Aguas*, aludiendo á su aparición en las del Tajo.

III

Siempre que por causas atmosféricas se retrasan las lluvias, haciendo temer horrorosas sequías, paséase por las calles de la ciudad á la sagrada efigie, y no se hace esperar el benéfico maná que pronto regenera los agostados campos, y también por este doble motivo se la conoce dentro y fuera de los contornos con el mismo epíteto.

Las noticias excesivamente sucintas que da el señor Parro en su *Toledo en la Mano* sobre este hecho y la carencia de detalles imprescindibles que en él demuestra, ha decidido al autor de estas líneas á publicar cuanto referente al mismo se cuenta en Toledo, apurando además los datos históricos que escritos se conservan.

EL AGUA DE LA VIRGEN

I

Existen dentro de los claustros bajos de la Iglesia Catedral, en esos anchurosos pasillos que Maella y Balleu enriquecieron con sus inimitables frescos, unos pozos ó cisternas que recogen las aguas pluviales de toda la parte de la *Primada* que corresponde á las oficinas, otras dependencias y jardín de la misma, pasando antes por filtros que las comunican agradable sabor y finura, haciendo por tanto desaparecer sus antihigiénicas condiciones.

Las citadas aguas se reparten al público gratuitamente en el día y víspera de *Nuestra Señora del Sagrario* patrona de la ciudad (ó sea en la fiesta de la Asunción, así como en su octava), habiendo tenido origen esta cáritativa costumbre en el siglo XVII, cuando terminadas las obras de la suntuosa Capilla de la Virgen del Sagrario, se celebraban ocho días consecutivos magestuosas fiestas en acción de gracias; pues habiendo acudido de los pueblos de la comarca numerosa concurrencia á presenciarlas, era tal la aglomeración de gentes en la Catedral, y el calor de la estación tan intenso, que teniendo noticia el Emmo. Cardenal Sr. D. Bernardo de Sandoval y Rojas de la frecuencia con que abandonaban los fieles el templo para ir en busca de aguas que refrigeraran su sed, dispuso que en lo sucesivo colocasen en los mencionados claustros los dependientes del edificio, grandes tarimas para en ellas distribuirles jarras, rebosando aquella agua de las cisternas tan cristalina y fresca como la de un

manantial, nacido entre las caprichosas quiebras de bosque virgen.

Elogios sin límites brotaron de las masas de ciudadanos y lugareños en favor del Cardenal que con tal mandato, creó tan laudable costumbre, la que sirvió de medio para que la protección de la imagen apostólica de la *Virgen del Sagrario*—salvada de las revueltas políticas de nuestra nación providencialmente,—se manifestara sin rebozo.

II

La primera mitad de la centuria décimasétima de la era de *Cristo*, contaba el mundo.

Llegado había en uno de sus años, el mes de Agosto, y comenzaron á verse arribar al *Zoco* multitud de comerciantes, que formando sencillas tiendas, exponían al público sus diversas mercancías, trayendo á la memoria el conjunto, aquella edad en que cristianos y judíos sin orden ni concierto, vendían en los soportales del mismo lugar sus más raros y preciados objetos, desde el dátil africano hasta la medalla de los Santos Lugares traída.

Vino la fiesta de la Asunción, y ya por las tortuosas calles de la ciudad se observaban grupos crecidos de toledanos y forasteros, ataviados con sus *trapitos de acristianar*, como decirse suele, henchidos de gozo y dirigiéndose desde los más distantes y hondos barrios, á la Catedral, ávidos de presenciar la *fiesta de la Virgen* para después *refrescar*—costumbre que Toledo ha guardado siempre para este día y el del *Corpus*—y dar unas vueltas por el mercado extraordinario, que hoy se llama Feria.

Terminada la fiesta de la tarde—solemne como la de la mañana,—con la suntuosa procesión de la indicada imagen por las imponentes naves del templo, la multitud se deshizo en cordones que se agolpaban á las puertas, desfilando luégo por diversas calles.

Gran parte de los fieles acudieron al claustro con el fin de refrigerar el ardor de sus fauces, y tal tumulto se promovió por tomar las jarras del agua, que el hijo único de un magnate, acompañado de su madre virtuosa, fué momentáneamente acometido de un fuerte síncope, juzgando cuantos le reconocieron de cerca, que se encontraba cadáver.

Se dieron voces de socorro y se pidió agua para salpicar su agraciado rostro, aflojando sus vestidos; se le impresionó bruscamente con el agua de las cisternas, y al breve rato comenzó la angelical criatura, á manifestar señales de vida.

Sorprendido el pueblo con semejante suceso, atribuyó el resultado á la pronta aplicación del *agua*, que nominaron *de la Virgen*, por esta causa, y por distribuirlo en la festividad mencionada.

EL HÉROE DEL TAJO

I

La guerra comenzada en 1808 entre los españoles y las intrusas huestes del déspota Napoleón, habían despertado en los descendientes de la raza goda el amor á la *independencia*, y á ese conmovedor grito se supieron conquistar gloriosos triunfos.

Cuéntase que habitaba por entonces en el cercano pueblo de Mora, un hacendado cuyo nombre era *Don Ventura Jiménez*, valiente como pocos y caritativo sin límites.

Tuvo éste noticia confidencial de que por el término de su pueblo, cruzaría en época próxima un emisario francés con propósito de llevar al General en Jefe de Andalucía, documentos de interés que le entregaran en la Corte; y tratando de impedirlo, reunió algunos de sus criados y varios convecinos, hízoles sabedores de su proyecto, y armándose todos, pusiéronse ojo avizor mandados por el Sr. Jiménez detrás de unas colosales rocas de las cercanías del pueblo, y no tardó el enviado extranjero en ponerse á la vista de los que acechaban su llegada. Cuando le vieron de cerca, intimáronle á la rendición: opúsose á ello, incitando á su fogoso corcel á la huída, y apenas comenzaban su carrera, un proyectil disparado por los morachos hizo que, convertido en una masa informe, midiera el suelo.

Registráronle, y se hizo cargo el Sr. Jiménez de los pliegos que guardaba, dándose acto seguido por disuelta la improvisada partida.

No tardó el mencionado propietario en deliberar

ué debía hacer con aquellos comprometedores plie-
os, y en la mañana inmediata, tomándolos él mismo,
úsose en camino de Andalucía, donde logró llegar fe-
zmente, y buscando á la *Junta Española* entregó á
is esclarecidos miembros los autógrafos que con cau-
ela hubo transportado.

Después de examinar la *Junta* el contenido de aqué-
os, exigieron al *moracho*—así nominaban al señor
iménez—que eligiera el premio que había de otorgár-
ele por su fidelidad, á lo que se negó abiertamente
epetidas ocasiones. Instado de nuevo, por altísima
istinción, rogó le fuera permitido levantar una par-
ida en la margen izquierda del Tajo, para contrarres-
ar las correrías de los franceses, para lo cual fué auto-
izado en el acto.

Volvió á Castilla, no sin correr grave riesgo en va-
ias capitales; publicó su propósito, repartió armas y
municiones, y en corto espacio de tiempo ya recorría
ien organizada *La Partida del Tajo* desde las puertas
le Toledo hasta los montes del mismo nombre, siendo
a todas horas el terror de los *gabachos* que osaban
ollar el centro de España.

Mas no presuma el lector que sólo por sus hazañas
n múltiples combates con los invasores, se hizo acree-
or su nombre á la gloria: los genios, cuando comienzan
na obra, la consuman ó perecen, sin que humanas
uerzas les hagan abandonar su ideal.

Los hechos que á continuación se citan probarán lo
ue antecede.

II

Era el año 1809. Las tropas y avanzadas del Rey

José ocupaban la ciudad de Toledo, juntamente con el Alcázar, donde tenían toda la artillería, y el castillo de San Servando, que aún se encontraba en disposición de prestar servicios como baluarte de defensa, por lo que colocaron en él una guardia que estuviera á la mira del puente de Alcántara.

Una pequeña columna del mismo ejército volvía de la Mancha con objeto de incorporarse á las fuerzas que caminaban hacia el lugar en que había de librarse en breve una batalla, luciendo sus *cascos y colas de caballo*, cosas no vistas en esta capital hasta entonces.

Sabedor de la proximidad de esta columna el Sr. Jiménez, que á la sazón se hallaba visitando los pueblos de los montes, puso su partida de *Brigantes*—como los decían los franceses—en camino de Toledo, y al llegar tras larga jornada al cerro cortado junto á las *Paredes Blancas*, vió la columna extranjera, mandando sin dilación avanzar á los suyos hacia ella, en union de algunos paisanos de la ciudad que se le agregaron en la Sisla, llevando en sus brazos escarapelas con los colores nacionales como se mandara en la orden dada en 18 de Agosto de 1808. Siguiéronla hasta la plazoleta que existe en la *Venta de Macho*, y en su angostura trabaron Brigantes y Gabachos una encarnizada lucha, tomando parte en ella los centinelas del castillo de San Servando, que con la cobardía del salteador, parapetados detrás de sus ennegrecidas almenas, comenzaron á lanzar sobre los españoles mortífero plomo.

En el fragor del combate, dando tajos furibundo é incitando á los suyos el Sr. Jiménez, cayó herido por un proyectil al pie de su incansable alazán.

Junto al memorable castillo, testigo mudo y elocuente

e gloriosos hechos entre las huestes de la *Cruz y la Me-*
ia luna, en la Edad Media, vertió por vez primera su
angre el patricio Sr. Jiménez, y en otro encuentro con
os franceses, habido más tarde en la cuesta que me-
ia entre la *Venta de la Buena Moza* y el *Cerro de los*
Palos, encontró la muerte *el Héroe del Tajo* como sus
usallos y contemporáneos le nominaron desde aque-
la dolorosa fecha.

La *Partida del Tajo* continuó sus excursiones man-
lada por el yerno del Sr. Jiménez, *D. Juan Gamez*,
asta la salida de los franceses de nuestra patria.

LA PIEDRA BLANCA DEL CRISTO DE LA LUZ

I

La ermita que con el título de esta imagen sagrada existe en la ciudad imperial, se encuentra próxima á una de las puertas de la antigua muralla; puerta que se nomina *Agilana de Valmardón y de la Cruz.*

Su aspecto exterior es sencillo.

Rodéanla empinadas cuestas, empedradas con pequeños cantos rodados y angostas aceras, como lo está el resto de la capital.

A dos pasos de la puerta de la ermita, y al frente de ella, hay en el empedrado una losa que destaca de entre los demás cantos, por su tamaño y su color.

Es la piedra que según la tradición cubrió la veneranda imagen del Cristo de la Luz cuando, herida por los judíos *Sacao* y *Abisaín*, la ocultaron en la plaza de Valdecaleros, donde los cristianos fueron á recuperarla mediante imponente motín; es la piedra sobre que arrodilló el caballo que montaba D. Alfonso VI al llegar en frente de la ermita del Santo Cristo, el día de su entrada triunfal en la ciudad el año 1085.

Esta piedra blanca, cuidadosamente conservada por los de Toledo, ha sufrido repetidas veces las iras de los enemigos de la religión y de las tradiciones.

Más de una ocasión trataron los árabes de arrancarla con todo sigilo del pavimento donde se encuentra engastada, y á principios de nuestro siglo dió motivo á un episodio curioso que narramos á continuación.

II

Cuando las destructoras falanges de Napoleón

invadieron nuestra península y sentaron sus reales en Toledo, posesionándose del Alcázar, del Castillo de San Servando y de cuantos monasterios había capaces de prestar alojamiento, ocurrióles á dos oficiales del intruso Rey salir á reconocer la ciudad una noche oscura como de invierno y fría cual las que se sienten aún en nuestros días.

Acertaron á cruzar por cerca de la ermita de la histórica imagen y sintieron conatos de saber lo que en aquel templo había y lo que significaba aquella piedra que rompiendo la armonía de los cantos rodados rojos y plomizos, entre ellos descollaba.

Un pequeñuelo que á la sazón por allí discurría con el fin de llevar á su mansión algún que otro comestible, se vió sorprendido por los oficiales franceses que con modales bruscos le exigieron satisfaciera su curiosidad.

—Esta iglesia—dijo el niño—es la del Cristo de la Luz, el que hirieron los judíos, y el que luégo encontró el Rey Alfonso alumbrado por una luz, y esta piedra blanca es donde el caballo del Rey se arrodilló al pasar por delante de la ermita.

Dicho lo que antecede, continuó el pequeño su marcha sin ser nuevamente molestado.

Los dos oficiales del Rey José entablaron entonces animado diálogo que á su parecer nadie escuchaba.

—¿Has oído al niño?—dijo el uno—en España todo es superstición.

—Si no lo viera no lo creía—repuso el otro.

—Aquí hay que concluir con todo—dijo el primero—hay que imponer leyes, costumbres, creencias..... todo.

—Tal creo, y juzgo que esta tarea no es para un día—replicó el colega.

—Dánme ideas de arrancar esta piedra blanca con la espada—murmuró el primero.

—Arranquémosla para que no sea más motivo de creencias falsas—indicó el otro.

Iuterrumpió su diálogo un hombre del pueblo, que apareciendo de súbito, navaja en mano, les contestó con voz aguardentosa y grave.

—Si son quien, veámoslo—les dijo—y puesto en la arrollada de la calle les enseñaba su arma punzante.

Desenvainaron los oficiales sus espadas, y cuando el toledano se acercaba á ellos decidido á morir matando, los militares á una, pusieron pies en polvorosa, dejando dueño de la calle al paleto, que les gritaba:

—Aquí está y estará la piedra blanca del Cristo de la Luz.

EL SALTO DEL FRAILE

I

«Cada piedra de la imperial Toledo ó de sus cercanías, encierra una historia, ó cuando menos, una tradición», ha dicho un eminente orador contemporáneo, y efectivamente, el viajero oye con gusto referir, entre otras, las tradiciones que los *guías* le refieren de la *Peña del Rey moro*, la *Piedra blanca del Cristo de la Luz* y la *Piedra donde la Virgen María* puso sus pies al venir á poner en persona la celestial casulla al Prelado San Ildefonso.

Más de un episodio dramático acaecido en otra roca próxima á la ciudad—episodio que el pueblo refiere al forastero—nadie hace mención que sepamos.

II

Al pie del enorme cerro del Valle y de su costado oriental, descúbrese sin gran esfuerzo una alta y pelada roca, que bien podría tomarse á primera vista por un monumento céltico.

Corre de boca en boca—sin que haya quien fije la fecha—que desde aquella escueta mole de piedra se precipitó un fraile—ignoramos si lego ó de misa—después de haber degollado á una mujer junto al poético arroyo que por entre imponentes breñas se desliza; mujer, acaso señora de sus pensamientos, que en mal hora desairara sus apasionados ruegos.

El hallazgo de los dos cadáveres próximos, hizo sin duda conjeturar que el autor del horrible asesi-

nato fué el religioso y que por esto se arrojó desde la peña que de tiempo inmemorial lleva el nombre de *El Salto del Fraile.*

El arroyo citado tomó asimismo, desde aquel hecho, el título que aún hoy lleva, y es de *Arroyo del Vall de la Degollada.*

DOS GENIOS BURLADOS

I

Hace unos catorce años llegaron á la Imperial Toledo, y se hospedaron en la Fonda de Lino, dos viajeros procedentes de Madrid, modestos en la apariencia; si bien su andar pausado, penetrante mirada y fino trato denunciaron su no vulgar procedencia y su vasta ilustración.

Ambos conocían perfectamente las callejuelas y encrucijadas de la ciudad, y por esto rehusaron las ofertas de los *cicerones* ó *guías*, saliendo de la fonda citada solos y encaminándose hacia la incomparable Catedral—inmensa catacumba de celebridades patrias y admiración de cuantos la visitan—en busca de impresiones diametralmente opuestas con que alentar su espíritu creador.

Una vez dentro de ella, horas enteras dejaron correr admirando cuantos primores contiene y recordando los sucesos notables que en aquel sitio unas veces, y otras bajo las airosas bóvedas, han tenido lugar.

El tiempo se deslizaba suavemente, y los viajeros, embelesados en admirar y oir los cantos sagrados, olvidaron que la luz se debilitaba, y que los objetos causa de su admiración y mutismo perdían paulatinamente sus contornos y colorido, transformándose la filigranada Catedral en una caverna de severo y medroso aspecto, donde todo invitaba al reposo y á la oración.

Cuando menos lo esperaban, el encargado de las puertas de la iglesia despertó de su arrobamiento á nuestros visitantes, haciendo llegar á sus oídos el rui-

do de un manojo de llaves puestas en movimiento y seguido de la voz acostumbrada *que se va á cerrar*, cuyas frases repitieron ecos mil al chocar en los recios muros del templo.

A poco salían de él los viajeros, no sin mostrar su disgusto por aquella contrariedad, y como protestando de que se les lanzara del lugar de sus delicias, encaminándose acto seguido á la fonda.

II

No tardó en cerrar la noche.

Comenzaron los serenos á encender los faroles de la ciudad—varios de ellos de principios de la corriente centuria—quedando algunos pasadizos y callejones tortuosos sin luz alguna, especialmente en los barrios extremos.

Uno de los puntos en que más escaseaban á la sazón las luces, y en el que menos animación se advierte durante todas las épocas, con particularidad en invierno, era el *Barrio de los Templarios ó de San Miguel*, situado á espaldas del Alcázar de Carlos I.

En un angosto callejón de este barrio tuvo lugar el suceso que á continuación vamos á referir; pero antes de apuntar más detalles, consignaremos los relativos al sitio en que se verificó.

La *calle del Arquillo de San Miguel* comienza en el Corralillo y termina en la cuesta de Capuchinos.

Tiene al Noroeste, y no lejos de sí, las ruinas de una iglesia edificada sobre el solar de las casas del Cid Rodrigo Díaz de Vivar, primer Alcaide de Toledo y sus fortalezas, al Oeste la casa de los Templarios *ó de la Parra*, que conserva hermosos restos artísticos,

y al Sur la Parroquia de San Miguel Arcángel y el Corralillo, plazuela de alegre horizonte, donde hoy se celebra la *rifa de las Animas* con la misma pompa que el siglo XVI.

En el centro de esta angosta calle, señalada con el núm. 5, existe, aún bien conservada, una casa de aspecto humilde, con patio que rodean columnas de madera y mármol desiguales, y una gran reja de hierro del siglo XVI adornada con relieves del mismo metal. En el marco formado por las maderas de la reja descansan varios tiestos de sencillas flores.

Habita esta mansión hace años honrada familia de modesto obrero.

III

A tan retirado callejón llegaron nuestros viajeros antes citados, después de reforzar sus estómagos y no lo hicieron intencionadamente, sino que partiendo sin rumbo fijo de la fonda con el fin de observar la vida nocturna en Toledo y sentir las impresiones que en el ánimo causan la soledad y el silencio que imperan en muchas de sus calles, el acaso les puso en semejante lugar.

Un solo farol, á bastante distancia de aquel punto, enviaba sus tenues rayos hasta el sitio en que ambos compañeros de viaje detuvieron sus pasos, cerca de la reja de los relieves y las flores ya dichas.

La oscuridad, el misterio y el silencio les rodeaba, coadyuvando á dar tinte más fantástico á la angosta callejuela, el pausado y como temeroso murmurio del caudaloso Tajo, pues hasta allí llevaba el viento los ecos de su corriente.

Nuestros viajeros embozados hasta los ojos y hablando á media voz, entablaron animado diálogo al

ver la hermosa reja y las sencillas flores de invierno que á despecho del frío lucían sus corolas.

—Hermoso sitio—dijo uno de ellos—¡lástima que yo no sepa tañer el laud para que la ilusión que cruza mi mente fuera un hecho!

Júzgome transformado en un trovador de la Edad Media.

—Solo falta—dijo el compañero—que esa reja deje ver por entre sus barrotes de hierro alguna deidad de esas que Toledo siempre guardó entre sus almenados muros.

—Creo—replicó el otro—que sería capaz de sentir amor hacia la mujer que por esa ventana asomara su rostro.

—Dudo que llegara á punto tan elevado tu pasión—dijo el acompañante.

—¡Por el cielo! amigo, que sería capaz de sostener lo que digo aun con las armas en la mano.

—Lo puse en duda solamente—repuso el aludido—y por tanto, yo con placer vería esos amores, y..... hasta prometo ser el padrino.

—¿Lo juras? interrogó el de mirada escrutadora, cabellos y barba rubia.

—Por jurado—replicó el que mostraba predileción por las musas.

Aquí llegaba su diálogo, cuando de pronto abrióse la ventana que tenían delante de sí, dejando ver una hermosa y morena joven de veinte abriles, que cantó con desenfado la seguidilla siguiente:

«Trovador que de noche
Guardas mi calle,
No turbes más mi sueño
Con tus cantares.»

No bien hubo terminado su copla popular cuando cogiendo con aire brusco la portezuela de la ventana, cerró de golpe, ocultándose juntamente con la luz que delató sus facciones.

Quedaron ambos viajeros atónitos ante el inesperado fin de su acalorada polémica, y sin pronunciar palabra se alejaron de la *calle del Arquillo de San Miguel*, burlados y decididos ambos á no intentar de nuevo otra aventura amorosa.

La agraciada morena que tan brusca y displicente respuesta dió á los visitantes con su acre cantar, había escuchado sin duda alguna el diálogo por aquellos sostenido, y á su tiempo, hizo saber el sentimiento que abrigaba su alma.

IV

Tornaron á la corte los tantas veces mencionados viajeros, y á muchos de sus amigos refirieron la inesperada y novelesca ocurrencia, celebrándola cuantos tuvieron de ella noticia.

Al autor de estos párrafos le refirió este suceso en Urberuaga de Ubilla el verano último uno de los protagonistas de la tradición, célebre pintor de historia.

Para satisfacer los naturales deseos de los lectores, citaremos los nombres de los viajeros, alma de la precedente narración.

Eran D. Gustavo Adolfo Becker, poeta eminente, y D. José Casado del Alisal, autor de los notables cuadros *La Rendición de Bailén* y *La Leyenda del Rey Monje* ó sea *La Campana de Huesca*.

[illegible]

I

[illegible]

II

Hacia el año 1873 habitaba en la casa núm. 11, antiguo, del angosto callejón de los Niños Hermosos de esta ciudad, cuajado de hermosas verjas de artística labor y puertas de singular gusto, habitaba, decíamos, una encantadora hija de Toledo, á juzgar, no sólo por los detalles de su parte plástica, sino por las prendas que adornaban su alma. Sebastiana Pabón, la nominaba el barrio de San Justo, en cuya parroquia naciera.

Gustaba, como las niñas de su edad y condiciones, ...istir á los frecuentes bailes que con motivo de ciertas ...estas religiosas se celebraban entre sus convecinos, los que generalmente era invitado á título de excelente tañedor de bandurria, un joven conocido en la ciudad con el apodo que encabeza estos párrafos,—y téngase en cuenta que el sobrenombre del padre obedecía, no á su alcurnia, y sí á su carácter severo y su aire amanerado.—

El nombre de nuestro bandurrista, que en noches serenas de calurosos meses hizo las delicias de numerosa concurrencia con su sencillo instrumento, era Nicomedes Fernández y Martín.

Sin pretenderlo, reuniéronse ambos púberes en uno de los humildes saraos del pueblo, y allí una mirada hizo lo de siempre: él tañendo su bandurria y ella bailando la tradicional jota, cruzaron su visual y flecháronse.

El amor les habia dominado.

Celebróse por los congregados la ocurrencia con innumerables frases de doble sentido, y terminado el festín, la Pabón y el bandurrista se ausentaron á un tiempo del local.

Con los meses creció lógicamente el cariño de los amantes, llegando los padres de la novia hasta á permitir en su honrada habitación repetidas veces al tañedor aplaudido.

Cruzando una tarde el patio del domicilio de su amada en compañía de ésta, quedáronse los dos fijos en una hermosa lámpara jardinera de barro de sencillas labores y de estilo del Renacimiento, de las que ahora se construyen en los alfares de Toledo por los sucesores de los notables cerámicos que en otros si-

glos fabricaron los célebres azulejos de ricos esmaltes que tanto buscan los arqueólogos.

Absortos en mirar la superabundante planta trepadora que de su centro partía, estuvieron algunos instantes, como si su imaginación meditara algo extraño. así era en efecto, pues cuando Sebastiana comenzó á hacer notar á su amante la diferencia que mediaba entre aquella lámpara y las demás que pendían del techo de las galerías del patio, el bandurrista, sacando inopinadamente de su bolsillo una cuchilla de las de su arte—pues era carnicero—fué á descargar un sendo golpe sobre una estatua de Santo Tomás de Aquino, de mármol blanco, puesta en una hornacina al pie de la escalera que conduce á los pisos superiores, cuyo golpe cortó los dedos de la mano derecha de la escultura.

Ante tan vandálico proceder, quedó la Pabón estupefacta, y no pudiendo disimular, frunció el ceño y conminó al atrevido que desaforadamente ejecutó acto tan censurable.

Mas no por este incidente pusieron término á sus amores; otro más culminante era el encargado de verificarlo.

III

Algunos meses transcurrieron desde que el bandurrista mutiló la diestra del Santo de mármol—cuyo hecho habían dado al olvido los habitantes de la misma morada en que acaeció, así como los de las más próximas—cuando unos y otros fueron sorprendidos por otra noticia desagradable también. El carnicero estaba herido: su prometida por huir de que realizase

depravados intentos, con la puerta de su misma casa le fracturó los mismos dedos que él tiempo atrás cortó á la imagen de piedra.

El herido fué trasladado al Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, donde se le hizo la cura debida.

Al levantar el apósito en tiempo oportuno, se vió que la lesión, lejos de mejorar, se propagaba, llegando á provocar flemones profundos en el antebrazo y el brazo, que acarrearon al enfermo una infección purulenta, á causa de la que en pocos días falleció.

Cuantos tuvieron noticia de su muerte, la atribuyeron, bien á castigo miraculoso, bien á la casualidad; pero todos indistintamente deploraron la falta del bandurrista nominado *El Hijo del Arzobispo*.

EL ALCÁZAR DE TOLEDO

I

Hay en el centro de España,
Una ciudad, rico ejemplo
De construcción de romanos,
Visigodos y agarenos.
Fortaleza inexpugnable
Los de Roma la dijeron;
Paraíso de Sultanas
Los africanos. Toledo.
Se alza sobre enhiestas rocas;
Baña sus altos cimientos
El Tajo, que la saluda
Con sus murmurios eternos.
La cercan de triples muros
Almenados aún, á trechos,
Adarves y torreones,
Con troneras y flecheros.
Lucen sus puertas y puentes
De los arcos en el centro,
Sobre rocas esculpidas
Las armas de tan gran pueblo.
Son águilas imperiales:
Con dos reyes de armas, puestos
Uno á la diestra del águila,
Y otro en el costado izquierdo.
En desnivel agraciado
Por lo quebrado del suelo
Forma una vistosa piña
La ciudad, y causa miedo.
Entre sus torres mudéjares,

Sus agujas y sus templos,
Descuellan altos, muy altos,
Dos edificios soberbios.
Es el uno, la atalaya
Do la cruz del Nazareno
Desafía inamovible
La rudeza de los tiempos.
Es la Catedral Primada,
Del arte altivo museo,
Gloria del pueblo cristiano
Y de la gloria reflejo.
Es el otro, de Monarcas
Que al mundo aquí leyes dieron,
El Alcázar suntuoso
De vetusto y noble aspecto.

II

Cuando el hidalgo Monarca
Don Alfonso de Castilla,
Al conquistar á Toledo
Humillaba la morisma,
Quiso reforzar sin tregua
La muralla que da vista
Al Oriente, y tras sus lienzos
Tranquilo pasar la vida
En humilde mansión, hecha
Según su gusto y... malicia.
—Para guardarse del tiempo
Y de asechanzas inicuas—
Un anciano bajo, enjuto,
Asiduo la obra visita,
Y murmura y frunce el ceño

Y muestra gran pesadilla.
Interróganle curiosos
Cuantos su amistad cultivan,
Ansiosos de conocer
La causa de su torpe ira.
—¿No veis—responde—insensatos
Que las casas que fabrica
El Rey, nuestro buen Alfonso,
En mal asiento radican?...
Quien sobre fábrica mora
Construye dentro Castilla,
Tarde ó temprano su casa
Verá el pueblo destruída.
Mudos de asombro y espanto
Tales razones oían
Los caballeros cristianos,
Y el viejo las repetía.
Mas, predicciones tan negras,
Desgracia tan inaudita,
No vieron los castellanos
Por su fortuna cumplida.
Y se siguieron centurias,
Y aquellas frases malditas
Sólo hallaron el desprecio
Del Rey á quien se decían.
Mejoraron la morada
Que señor de tal valía
Sobre torre de muslimes
Alzara en lejanos días,
Llegando á ser en los tiempos
De Don Carlos—que aquí hacía
El primero de este nombre—
Mansión sublime, magnífica.

Alcázar non en Europa,
Donde la grandeza misma
De ambos mundos levantaba
Con gran asombro su vista.
En tiempo del Gantés César,
Sin cuento se centuplican
De nuevo augurios fatales
Sobre su morada altiva.
Diz que la noble señora,
Viuda de Juan de Padilla,
Al huir en triste noche
De la capital vencida,
¡Malhaya—dijo—este Alcázar!
Y si en él Dios no castiga
De Don Carlos las maldades
El fuego venga y le extinga.
Después, dicen varios pliegos,
Restos de historias antiguas,
Al salir el de Villena
De borrascosa entrevista
Con el Rey—quien exigió
Del que ciego obedecía
Prestara espléndido albergue
Sin tasa de tiempo ó días
Al gran Duque de Borbón
Que á Toledo á llegar iba,—
El obediente vasallo
Así al andar repetía:
—¡Maldita mole de piedra
Que guardas al que me hostiga...
Malhaya quien nace siervo
Bajo tales tiranías...
Vengue mi odio en el palacio

La ofensa en él recibida...
Caiga sobre él del averno
Alguna chispa maldita!

—

De agüeros y maldiciones
Teniendo el pueblo noticia,
No estuvo tranquilo un punto
Desde la gran reconquista.

III

Consejas, mitos ó cuentos,
Fábulas exageradas,
Parecen las predicciones
De nuestra imperial morada.

.....

Pasto de voraz incendio
Fué al fin el severo Alcázar
Toledano, el año décimo
De la centuria pasada.
—Siendo las hordas infames
Del Archiduque de Austria,
Quienes pusieron entonces
Dentro, fulgurantes ascuas.—
Un Cardenal bondadoso
El gran palacio restaura,
Y más tarde... ¡suerte adversa!
Vuelve á incendiarse la fábrica.
De Napoleón las huestes
Ponen la tea incendiaria
En los suntuosos salones,
En las torres y en las cuadras,
Después de hacer cruda guerra
A la ciudad de más talla

Que tuvo un tiempo Castilla,
Y hoy yace... ¡medio arruinada!
Ante tan ruda hecatombe,
Ante suerte tan aciaga,
Sobre los mismos escombros
Renacen las esperanzas
Viene á sentarse en el trono
De nuestra querida España
El joven Rey Don Alfonso
Doce, de memoria grata.
Y apenas las riendas toma
De la nación que le aclama,
Se esfuerza, y esfuerza al pueblo
Toledano, y se repara
Nuevamente, hasta con lujo
De antiguos reyes la casa.
Mas ¡ay! nueva desventura
Sin piedad nos arrebata,
Veloz, por la vez tercera,
Tan ostentosa morada.

. . . . . .

. . . . . .

¡Yace en ruinas!... Quiso el hado
—O tal vez ley sobrehumana—
Se cumplieran profecías
Hace siglos enunciadas.
Aún ruinoso, sus torreones
Calcinados, y sus tapias
Dirán al que á ellos se acerque:
Aquí hubo un soberbio Alcázar (1).

(1) La presente tradición se publicó en el periódico toledano El Centro el día 15 de Enero de 1887, á los seis días de haberse incendiado el notable Monumento.
Hoy se trabaja nuevamente para repararle.

EL JARDÍN DE LA ROCA TARPEYA

I

Visitando una serena noche del pasado estío el delicioso jardín de Toledo que da nombre á la tradición, un anciano de la ciudad, puro en fe y costumbres—como individuo de generación inolvidable—nos comenzó á referir á los contertulios lo que de aquel lugar había aprendido en su juventud.

Todos le escuchábamos, como si un oráculo fuera, pues tal parecía por la actitud que tomó y por la energía de su palabra.

Breve fué su exordio; mas comprendiendo que su edad le impedía permanecer largo tiempo en pie, le ayudamos á sentarse dentro del sencillo cenador de cañas, cubierto por la verde celosía de follaje de plantas trepadoras, donde agrupados en derredor suyo prosiguió su narración.

II

Hubo—decía—en este mismo sitio hace bastantes centurias, una cárcel pequeña, pero guardada por los fuertes muros que dan vista al Tajo, y por otros que demolieron las injurias del tiempo y la piqueta destructora de las diversas razas que nuestra ciudad habitaron.

Era aquella cárcel coloso que amedrentaba sólo con su vista aun á larga distancia: coloso de mampostería de menuda piedra, sujeta con exquisita argamasa, y sostenido de trecho en trecho por gruesos ábsides—de los que alguno existe.—

Altas ventanas dejaban pasar la luz en haces amarillentos y opacos á través de espesas rejas, hasta el fondo de las mazmorras.

Era la cárcel donde incomunicaban los romanos á sus reos de muerte, para después lanzarlos con violencia y barbarie sin rival, por la Roca Tarpeya, á la margen derecha del Tajo, donde se deshacían al chocar en quebrados y punzantes peñascos.

Cuentan que en esta medrosa cárcel hubo en la dilatada época de los Césares un calabocero frenético por el culto de los falsos ídolos de Roma, el que por este motivo maltrataba á una hermosa hija suya que, á su parecer, se ocultaba de su vista para orar, no ante las deidades que él veneraba, sino delante de una pequeña cruz que solía llevar entre sus honestas vestiduras.

Quién inspirara á la joven semejantes ideas religiosas, era el torcedor del padre, que por más que discurrió no lo pudo descubrir, sorprendiendo sólo su perspicacia un hecho que le proporcionó fundadísimas sospechas.

III

Cayó en este tiempo bajo el poder del pretor toledano—ignórase por qué motivos—un hombre de mirada penetrante, el cual bien pronto ingresó en las mazmorras cercanas á la Roca Tarpeya, desde la que sería en tiempo no lejano despeñado.

Al cruzar el reo la cárcel en dirección á su calabozo, vigilado por centinelas provistos de todas armas, tuvo la suerte de hallar al paso á la joven hija de su verdugo, con la que cambió tiernas miradas, que tuvo que

reprimir por estar próximo el infame autor de los días de tan rara belleza.

Con el semblante descompuesto por tan grande emoción, continuó su marcha, dió un fuerte suspiro y se hundió sin vacilar, por último, en el cepo para él destinado.

.....

¿Sería éste por ventura el amante ó el mentor de la religiosa hija del calabocero?.....

Nada cierto se pudo averiguar.

Sólo se cuenta que la citada niña presenció aterrorizada el acto de despeñar por la Roca al enunciado confesor, siendo *incontinenti* presa de profunda melancolía que la ocasionó la muerte.

Antes de sepultarla, hallaron entre sus vestidos una pequeña cruz de madera: desde aquel día el carcelero, indiferente á cuanto le rodeaba, cuidó con singular predilección unas flores que su hija en aquel lugar plantara, y rogó á Dios—ya convertido—que no dejara de haber jamás en aquel sitio flores que perpetuaran las relevantes dotes de su hija—de la que él las creía viva imagen.—

IV

Tal es la tradición que de este lugar refirió el anciano. Si cierta ó no, averigüelo Vargas.

Lo innegable es que el dueño del huerto D. Pascual Ortiz, al comenzar hace dos años los trabajos para renovar algunos arbustos, descubrió en un extremo de la tierra de su propiedad unos treinta fosos de regulares dimensiones, todos de fábrica bien construída,

conservando el carácter de antiguos cepos, y siete cisternas abiertas en roca y cubiertas con rosca de ladrillo: todos al lado de la *Roca Tarpeya*, al Occidente de Toledo, dando vista al caudaloso Tajo, en el barrio que en tiempo de los árabes se llamó *Barrio de la Judería* y hoy se denomina *Barrio Nuevo*.

RECUERDOS

(ROMANCES HISTÓRICOS)

ORIGEN DE TOLEDO

Dicen que un robusto anciano (1)
Recorrió la España bella
Siglos há, buscando humilde
Saludable y noble tierra.
Rebujado en burda manta,
Que con sus manos tegiera,
Burlaba estivos ardores
O de Enero la inclemencia.
Cruzando empinadas cumbres
Y deliciosas laderas,
Diz que llegó junto á un río
Que regaba extensa vega.
Subió unas quebradas rocas
Que Dios puso en su ribera,
Y al mirar de la campiña
La encantadora grandeza,
Gritó: «*Mi raza fornida*
Imprimirá aquí su huella:
Generaciones invictas
Brotarán de entre estas breñas».
Con árboles arrancados
De cercanas alamedas,
Formó sencillos tugurios
Y utensilios para guerra.
Después, unido á sus hijos,
Que le seguían de cerca,
Gozoso les relataba
Cuanto poco há concibiera.

(1) Según las historias, el griego Hércules.

Todos á una voz, sumisos
De su padre á la presencia,
Contestaron: «*Nuestra patria*
Toledo por siempre sea».
Y construyeron murallas
Junto al Tajo, y sobre peñas,
Dentro de cuyo recinto
Se alzó la corte de Iberia.

CÁTEDRA SUBTERRÁNEA [1]

En una cueva medrosa,
Que la mano encallecida
Del hombre, abrió bajo tierra
Horadando roca viva:
Donde imágenes vetustas,
De divinidad impía,
Forjaron razas ignotas
Por ignorancia ó malicia:
Donde las ondas del Tajo
Su murmurio suave envían,
Desde la arenosa margen
Por áspera y alta sima,
Los cristianos de Toledo
En reuniones clandestinas,
Respirando aquel ambiente
Capaz de causar asfixia,
Sin ver más que los reflejos
De pálida lucecilla,
Que en una angosta hendidura
Escaso apoyo tenía,
Silenciosos aprendieron
Las celestiales doctrinas
Que más tarde divulgaron,
Despreciando los estigmas
De soldados imperiales
Que la ciudad pervertían
Con sus ídolos odiables
Y superstición inicua.

(1) Alúdese aquí á la misteriosa *Cueva de Hércules*, situada en la derruída parroquia de San Ginés.

UNA FIESTA ENTRE ROMANOS

Roncas y estridentes voces
Resonaban por la vega:
Dentro del Anfiteatro
Las emitían sin tregua
Los descendientes de Roma,
La Roma sin par proterva;
La que mísera de alcurnia
Se tornó del mundo reina;
La que glorias y mujeres
Para adornar su diadema
Robó con punible audacia
En los combates y fiestas.
En tanto que á las pasiones
Daba el pueblo rienda suelta,
Pronunciando frases viles
Sin ambajes ni reserva,
Un hombre en medio del circo
Removió la fina arena,
Disponiendo fuerzas y armas
Para próxima pelea.
Se miraba frente á frente
De adusta y nutrida fiera,
Que tranquila unos instantes
Le contemplaba de cerca.
Por verdugos instigada
La que vió luz en la selva,
Rugió, tendiendo sus garras,
Y con saña de una hiena,
Irguiendo la cerviz corta
Lanzóse sobre el atleta,

Que en vano el puñal hundía
Del bruto en la carne espesa.
. . . . . .
. . . . . .
Subyugó en la lid al héroe:
Le cuarteó con destreza:
Los romanos voceaban:
¡Un cristiano el muerto era!

EL REY VENCIDO Y EL VENCEDOR

I

En un salón preferente
Del gótico Alcázar regio,
Cercado de servidores
Que lucían satisfechos
Flamantes vestidos, armas
Y joyas de alzado precio,
El Rey Ejica imprecaba
Desde su encumbrado asiento
A una dama de su estirpe
Sólo porque de mancebo
Gentil, aceptó gozosa,
Canciones y galanteos.
Cuantas frases modulaba
El Rey, torrentes de fuego
Parecían, arrojados
Del abrasador averno.
Doña Luz, que sus pupilas
Clavó en el tapiz del suelo,
Pálida como una estrella
Del hermoso firmamento,
Llorosa, trémula y muda,
Escuchó los improperios
Que el caudillo de los godos
La dirigiera soberbio.
Las doncellas y los pajes
Que aquestas cosas oyeron
Dudaron si su señor
Estaba demente ó cuerdo.

Por disimular su enojo
Fijaba uno en el techo
Sus niñas, y meditaba
Sobre sus formas y mérito.
Otro de fuerzas hercúleas,
Frunciendo irascible el ceño,
Se aproximó á una lucerna,
Pretextando ver el tiempo,
Mientras que sus camaradas
—Cada cual según su ingenio—
Ostentaban el disgusto
Que embargaba sus cerebros.
Cuando el Rey hubo vertido
De su palpitante pecho,
Rendido por la fatiga,
Todo su ardiente veneno,
Dando á la sin hueso impulso
Extraño, mandó altanero
Retirarse á los presentes
De su espacioso aposento:
Orden que sin dilación
Cuantos allí eran, cumplieron,
Quedándose reclinado
Sobre su puño derecho.

II

Pasaron plácidas lunas:
Cada cual guardó su puesto,
Sin que entrevista sensible
Les inmutara de nuevo.
En tanto que el Rey velaba
Por el bien del vasto reino,

Doña Luz, tras las almenas
Del Alcázar, frente al dueño
De su amor, miraba inquieta
Deslizarse suave el tiempo,
Más tímida que paloma
Que vuela al cazador viendo.
Testigos de sus placeres
Una y cien mil noches fueron
Centinelas, trovadores,
Las estrellas y los cielos.
El amor creció en sus almas
Cual crecen en turbulento
Mar las olas encrespadas,
Con furia, altivo sin término.
Ansioso el Duque Favila
De dar fin al sufrimiento
Que acortaba su existencia,
Puso su mano en el pecho,
Y lanzando hacia el empíreo
Su estentórea voz de trueno,
Luces demandó al Dios Padre
Para obrar con todo acierto.
Al punto corrió al Alcázar,
Y reanimando sus nervios
Mostró al Rey cuán voraz era
De su alma triste el incendio.
Ejica menospreciaba
Sus enamorados ruegos:
El fornido y bravo Duque
Juró realizar su empeño.
Un magnate que al acaso
Conocía sus deseos,
Interpuso á su favor

Con el Rey su valimiento.
Y tras de bruscas respuestas
E innumerables rodeos
Venció el amor al Monarca
De corazón más que férreo.
Concertáronse las bodas,
Divulgóse por el reino,
Fueron padrinos los Reyes
Y hubo públicos festejos.

III

Más tarde, los desposados,
Prole robusta tuvieron:
Vencido un Rey, engendraron
Otro que salvó su pueblo. (1)

(1) Refiérese á D. Pelayo, proclamado Rey en las montañas de Asturias, nacido en el Palacio donde hoy se halla el Monasterio de Sras. Comendadoras de Santiago (vulgo Santa Fe.

ULTRAJE POR ULTRAJE

I

Cuando la tierra española
Dominaban á su antojo
De Mahoma los sectarios,
Siendo del mundo el asombro,
Al Oriente de Toledo
Entre alamos añosos,
Al pie de quebrado valle
Hubo un palacio suntuoso.
Su dueño, viejo islamita,
Frenetico por el oro,
Solo pensaba en sus rentas
Y en los manjares sabrosos,
Costumbre que acariciaba
Desque tuvo apenas bozo,
Olvidando la custodia
De un objeto más valioso.
Rodeaban su casa-fuerte
Varios jardines frondosos,
Que regaba con esmero
Una huri en sus ratos de ocio.
La vergonzosa violeta
Crecia entre erguidos chopos,
Y el alelí perfumado
Bajo la hiedra y el olmo.
De hermosura peregrina
Era la niña del moro,
La hacendosa jardinera,
Mulsumana hasta en los ojos.

II

En una calmosa tarde,
Fresca, como musgo tierno
Que nace junto al arroyo
Do juguetean pequeñuelos,
Aun los altos minaretes
Del palacio sarraceno,
Los rayos del sol doraban,
Cruzando el ramaje espeso,
Cuando la mora agraciada
Por un ajimez estrecho
Asomaba su cabeza
Entre paños y cabellos.
Su mirada penetrante
Fijó en el largo sendero
Que media entre la ciudad
Y su albergue, y de su pecho
Virginal, salir dejaba
Suspiros y ayes sin cuento,
Que las ondas invisibles
Del aire llevaban lejos.
Cien ideas de ventura
Asaltaban su cerebro:
Ser adorada sin límites
Era su ardiente deseo.
Cuando abismada su mente
En íntimos pensamientos
Estaba, escuchóse el ruido
Cerca, de un trotón ligero.
A poco, al pie de los muros
Del palacio, tuvo el freno

Del animal presuroso
Su jinete, mozo apuesto,
Y á la mora divisando
Envuelta en flotantes velos,
Domostró con galanura
Su naciente amor sincero;
Mas la ingrata jardinera,
Con ademanes grotescos,
Desestimó las promesas
Del Cristiano de Toledo,
Que ante tamaño desaire,
Tomando imponente aspecto,
Murmuraba:—*Goza, goza,*
De tu palacio y tus siervos:
Pues antes que de tu raza
Se extinga el último perro,
No quedará más que ruinas
Y pavesas de todo ello.
Y acercando el acicate
A su corcel ceniciento,
Se alejó de la explanada
De terrible furia lleno.
La hurí desde su castillo
Vió al sol trasponer los cerros
Sin que su árabe adorado
Llegara á calmar su duelo.

III

De trastornos y querellas,
Propios de amores, al cabo
Vieron su anhelo cumplido
Los moros enamorados.

Tranquilamente vivían
En el harén del palacio,
Al buen *Alá* sin demora
Loor y gracias tributando.
Cundió su prole, y crecía
Cuando el lábaro cristiano
Triunfante doquier se alzaba
Contra el árabe insensato.
Un día ¡terrible día!
Desde su fuerte almenado
Vieron caminar hacia ellos
Cristiana fuerza á buen paso.
Pretendió el dueño hacer frente
En unión de sus esclavos,
Mas todo ardid ingenioso
Ante aquella fuera vano,
Casa y vivientes, reunidos,
Pronto del fuego eran pasto,
Y entre ruinas formidables
Rodaban carbonizados.

IV

De aquel hecho sólo quedan
Como impasibles testigos
En pie, recios murallones
Del palacio derruído,
Entre los cuales anidan
Agoreros pajarillos,
Y crece hiedra silvestre
Al par que matas de lirios. (1)

(1) No se refieren estos datos al palacio de la Infanta Galiana: cuantos encierra, tuvieron por teatro un edificio situado junto a la actual fuente nominada de *Cabrahígo*, al S. de la Estación del ferrocarril.

LA HAZAÑA DE PERO ANSÚREZ

EPISODIO DE LA CONQUISTA DE TOLEDO

Sitiada se ve Toledo
Por las tropas castellanas,
Que tremolan sus pendones
Entre indecible algazara
Por la vega de Occidente,
—Do sus reales se levantan
Desde el gran circo romano
A tierras que el Tajo baña.—
Arenga el Rey Don Alfonso
Sus numerosas escuadras
Caminando en pies ajenos
Más que por el aire el aguila.
El brillo de los aceros
Esplendente luz esmalta,
Resbalando juguetona
Por cascos, petos y dagas.
Divísanse por los muros
Patrullas de hijos del Africa,
Que en sus vestidos y acciones
Simulan viejos fantasmas.
Del *muezin* que en los torreones
De las mezquitas les habla,
Siguen ciegos los consejos
Y á la lucha se preparan.
Redoblan los centinelas
Del adarve de Visagra,
—Que es donde el cristiano Alfonso
Victoria obtener aguarda.—

Acrecientan los millares
De flechas, con nuevas cargas
Que frenéticos esconden
Tras las torres almenadas,
Y honran á su media luna,
Y lanzan votos sin tasa,
Y previendo ajeno triunfo,
Llanto vierten las sultanas.
De improviso, los sitiados
Su vista en el campo clavan,
Y rebosando en cruel ira
Dan con ella aliento al alma.
De las tiendas del cristiano
Un guerrero se separa,
Veloz cual una centella
Desde las nubes lanzada.
Su trotón aguijonea,
Osado é impasible avanza,
Y camina sin recelo
De la puerta, hasta las tapias.
Prepáranse los muslimes
Ante altanería tanta,
Y templando sus flecheros
Saetas sin cuento le mandan.
Toman otros en las manos
Sendas piedras, y con rabia
Sus músculos contrayendo
Las arrojan al que pasa,
Y entre las nubes de piedras
Y de flechas aguzadas
Y los espantables gritos
De aquella turba selvática,
El cristiano caballero

Trocando su mano en garra
De la puerta en que le acosan
Los aldabones arranca,
Y á la corte de los godos
Dando con brío la espalda
Con su presa, al campamento
Orgulloso á saz cabalga.
En tanto los musulmanes
Desde la fuerte muralla
De imprecaciones le cubren
Cada uno según le cuadra.
Llega á las tiendas del Rey,
Se apea, y cabe sus plantas
Le ofrece los aldabones
De la puerta de Visagra.
Difúndese la noticia,
El Rey le colma de gracias,
Y de *Pero Ansúrez* todos
Admiran la heroica hazaña.

HIDALGUÍA CASTELLANA

El apostólico Rito,
Nominado, andando el tiempo,
Gótico, y después Muzárabe,
Rezaba el virtuoso Clero
Toledano, cuando el Rey
Valeroso Alfonso el Sexto,
Dueño de aquesta ciudad,
Sobre sus muros soberbios
Mandó izar sus estandartes
A vista del sarraceno,
Que contemplaba humillado
Tanto arrojo, tanto acierto.
Quiso el Monarca cristiano
—A impropio impulso cediendo—
Decretar cuál Rito fuera
El que se usara en su pueblo.
La Reina quería el Romano,
Como el Primado del Reino,
Por ser el que en su nación
Los Prelados prefirieron.
El denodado Monarca
Y en suma los de Toledo
Optaban por el Muzárabe
Por ser de remotos tiempos.
Consultóse con el Papa,
Hubo apuestas, hubo duelos
En el Zoco de la Corte
Y á la par mil descontentos.
Pensó dejar el Rey noble
A unos y otros satisfechos,

Dando al amor lo que es suyo
Y al pueblo lo que es del pueblo.
Y con tal tino sus planes
Desenvolvió, que en un verbo
Por todas partes se oía
Gritar con sumo denuedo:
—Manda el Rey que el rito Godo
Quede vigente en seis templos,
Y los restantes, de Roma
Obedezcan los decretos.—
Desde entonces, ambos ritos
Se rezan, con gran contento,
Bajo bóvedas estriadas
En el toledano suelo. (1)

---

(1) Desde el reinado de D. Alfonso VI hasta el siglo XVI s practicaba el rito Muzárabe en las Parroquias que se aluden en es romance; en esta fecha, el inmortal Cisneros ordenó se celebra en lo sucesivo el mismo en la Capilla Muzárabe, sita en el ámbi de la Catedral, decorada y dotada por él al efecto, y así se verifi en la actualidad.

Los descendientes de los cristianos muzárabes de Toledo, co servan hoy su prerrogativa de tales muzárabes, estando sujetos sus Parroquias respectivas de Santas Justa y Rufina, San Marc Santa Eulalia y San Sebastián, aun cuando residan en vivien enclavada en Parroquia latina.

San Torcuato y San Lucas no tienen en la actualidad ni fe greses ni culto alguno, estando todo agregado á las Parroquias a tedichas.

NOCHE DE VENGANZA

I

Veloz traspasó las rejas
Del Occidente revuelto
El sol un día de otoño
Del año mil cuatrocientos.
Tornó al silencio profundo
La levítica Toledo,
Y á lucir como costumbre
Y cual fantasma soberbio
De los rayos de la luna
A través, sus monumentos,
Y á su luz, tras lindos arcos,
Sus pinturas y sus techos.
Sólo quedaban en vela
Guardias y amantes apuestos,
Despreciando los rigores
Del vendabal crudo y recio.
Surcaba el buo los aires
Con acompasado vuelo,
Sin que su marcha ocultasen
Ni el son del Tajo ni el viento.
Desde la torre calada
A la mansión de los muertos
Impávido descendía
Sordo ruido promoviendo.
La noche avanzó; Diana
Lució entre nublados negros
Y al abrigo del hogar
Tornaron los más entecos.

II

Dos airosos infanzones
Que con orgullo vestían
Traje de corte, anunciando
Su nobleza en sus ropillas,
Conversando paseaban
Junto á una imagen divina
Bajo luengo cobertizo
Medroso y torcido sita.
El uno terco en su empeño
Boda al contrario exigía:
El camarada aludido
Buscaba diestro la huída.
—La honra de apreciable dama
Demandaba (y con justicia)
Venganza en aquel instante,
Ó satisfación cumplida.—
Las razones y pretextos
Sus almas enardecían,
Viniendo en duelo horroroso
A terminar la entrevista.
Brillaron limpios aceros
Que ambos furiosos asían;
Sonó un quejido, y se vió
Un cuerpo que cual encina
Que se corta por el pie
Hacia tierra se venía,
Espada y capa arrastrando
Detrás de sí en la caída.
Dió la victoria la suerte
Al defensor de la ninfa,

Fuerte de brazo, robusto,
Y herido en pasadas lizas.
El vencedor, su tizona
Restregó y secó á seguida
En las ropas del difunto
Que en sangre el suelo teñía;
Y envainándole de nuevo
Junto á los pies de la víctima,
Burló con su ligereza
Las garras de la justicia.
Largo tiempo calló astuto
Su venganza, mal tenida,
Confesándola aterrado
La noche de su agonía.

LA ELECCIÓN DE JUAN TAVERA

I

Abandonando las cuadras
De su altiva fortaleza;
Vistiendo sencillo traje
Y calzadas las espuelas,
Sobre corcel majestuoso
En unión de cien atletas,
Camina con tardo paso
El gantés *Carlos*, el César.
Las góticas torrecillas
Cual gallardo tallo esbeltas
Alumbra, su faz alzando,
Del día el rubio planeta.
Dónde dirija la corte
Sus pasos, preguntar huelga:
Pues que viaja en día santo,
Santa sin duda es la empresa. (1)
No le siguen sus vasallos
Fuertes en cien mil peleas,
Terror de flamencas huestes,
Italianas y francesas.
Del Cardenal que á su lado
Marcha en apreciable acémila
Escucha *Carlos* contrito
Las descripciones más tiernas
De los tormentos que *Cristo*
Por nuestras culpas sufriera;
(Justo es que ya que á la Sisla (2)

(1) Miércoles Santo.
(2) Convento de PP. Jerónimos, extramuros.

A presenciar en su Iglesia
La Semana Santa acuden
El Monarca y la grandeza
Su imaginación medite
Del Gólgota en la tragedia).
Avanza la comitiva:
De Alcántara ya se aleja,
Y las frases del Prelado
Al alma del *gantés* llegan,
Despertando en su memoria
Recuerdos que le atormentan:
(Que los recuerdos de sangre
Que vengativo vertiera
De Villalar en el rollo
Por justa y santa protesta,
Espinas indestructibles
Clavadas en su alma eran).
Del castillo nominado
De San Servando, en la cuesta,
Sin causa que á los magnates
La parada explicar pueda,
Al pie de los recios muros
Que las huestes sarracenas
Sitiaron una y cien veces
Y todas con suerte adversa,
De su trotón altanero
Tirando *Carlos* la rienda
Detúvose, cuyo ejemplo
Imitó la masa egregia.
De los Católicos Reyes
El nieto, con entereza,
Dirigiéndose al Prelado,
«Volveos, le dice, sin tregua.

Es mi voluntad que vos
De Toledo seais cabeza:
Tornad, pues, á la ciudad
Arzobispo, en hora buena.»
Ante merced tan cumplida
E inesperada, Tavera,
Con el asombro en el rostro
Y timidez en la lengua
Vacilante, al Rey de España
Le da esta humilde respuesta:
«Dejad, Señor, que camine
Del convento hasta las cercas
En unión de quien me honra
Con su amistad y finezas,
Que hombres mas sabios da España
Para regir tal Iglesia».
Insistió en su real mandato
Don *Carlos*, y á duras penas
Logró con su autoridad
Que el Prelado obedeciera.
Bajó el Ministro del cielo
De su mula, y con voz trémula
Al Emperador dió gracias
Besando su mano diestra.

II

De pajes acompañado
Vuelve á la española *Meca*
Mientras que el Rey á la Sisla
Seguido de nobles llega.
Cruza el castillo y el puente,
Y cuando á subir comienza

Del Carmen por la angulosa
Y mal empedrada senda,
Sabedor el pueblo entero
De la gratísima nueva,
Recibe al nuevo Arzobispo
Mostrando alegría inmensa.
Unos con sonoros cantos
Su entrada triunfal celebran;
Otros saludan y lloran,
Los menos tras él conversan.
Las campanas de las torres
Los acólitos voltean,
Lanzando al viento á sus timbres
Agudos más que saetas.
El Arzobispo afectado
Sube á la cámara regia
Y á la Emperatriz bondosa
La nívea mano la besa,
Cumplimentando sumiso
La singular encomienda
Que al pie del alto castillo
El Soberano le hiciera...

III

Gobernó por luengos años
La hispana Primada Iglesia
Con el acierto que en días
De tribulación inmensa
Demostraron dos varones
De inspirada inteligencia,
Ante el pueble fiel, esclavo
En las egipciacas tierras.

Y antes que el cielo velara
Su cuerpo bajo la tierra,
Creó para bien de aquellos
Que en vida su voz oyeran,
Un hospital, do encontraran
Lenitivo á sus dolencias:
Por esto se hizo inaudita
La elección de *Juan Tavera*. (1)

(1) Hoy existe este hospital con el título de San Juan Bautista extramuros.

EL DÍA DEL CORPUS

. . . . . .

. . . . . .

Porque dijo un gran sujeto
Que el día del Corpus, era,
Contra el hereje argumento,
El cascabel de un danzante;
Queriendo decir en esto
Que en el gran día de Dios
Quien no está loco, no es cuerdo.

(CALDERÓN: Auto de *El Sacro Parnaso*.)

¿Qué motiva tanta fiesta
En la Roma castellana?
¿Por qué la iglesia y el pueblo
Muestran alegría tanta?...
¿Cómo en el ámbito extenso
De la metrópoli magna
Cuelgan valiosos tapices
Por las naves y murallas,
Que cautivan de españoles
Y de extranjeros las almas,
Por lo rico de sus telas
Y lo raro en lo acabadas?...
¿Qué fijarán en el centro
De esa artística giralda,
De ese prisma inapreciable
Que goza universal fama... (1)
¿Qué indican esas lujosas
Cortinas rojas y gualdas
Que penden de los balcones
Los terrados y ventanas?

(1) La Custodia de Arfe.

¿Y qué el vestir de galanes,
Y las joyas de las damas,
Y los bellos uniformes,
Y las músicas tan gratas,
Y los toldos que dan sombra
Y la arena derramada
Por las calles, y el repique
De sonorosas campanas,
Y el canto de los Ministros
De la Iglesia, y la gallarda
Persona del Purpurado
Que preside su grey casta?
Todo indica que los hijos
De la muzárabe raza
Mejor á su Dios reciben
Que Jerusalén ingrata.
Que cual fieles descendientes
De infanzones de gran talla
Todo ante DIOS lo abandonan,
Todo para DIOS lo guardan.
Por eso ancianos y niños
Le tributan loor sin tasa
Al pie de regia carroza
En el templo y en las plazas.

LOS REVIERNES

I

En una vega frondosa
Del ocaso de Toledo,
Al pie de sus recios muros,
Que carcomen rudos vientos,
Se alza cual mudéjar torre
Sencillo histórico templo
Que resiste de milagro
La acción de los elementos.
Su fábrica, es de ladrillo
Con adornos arabescos;
Su conjunto reducido
Entre iglesia, cerca y huerto.
Es la ermita de la Vega;
La basílica, bosquejo
De las glorias religiosas
De las edades de hierro.

II

Después de haber festejado
La Santa Iglesia Romana
El acto más misterioso,
La redención de las almas:
Cuando en la torre soberbia
De Catedral cincelada
Se agitan con timbre vario
Las bulliciosas campanas,

Que indican cual canto místico
De mansiones sacrosantas
Que todas las profecías
Con hechos son sancionadas:
Cuando natura riente,
Nuestros campos engalana,
Con flores que á las estrellas
De más brillo, enojos causan:
Cuando las aves ligeras
Baten con afán sus alas,
Y al lucir la aurora suben
A las nubes nacaradas,
Suaves trinos modulando
Que blando céfiro arrastra
Por dilatadas regiones
De ventura y grata calma,
En siete viernes seguidos
Toledo camina en masa,
A la ermita de la Vega,
Donde en época lejana
Juraron la fe de *Cristo*
Los nobles y los Monarcas,
Y en la que desde el sepulcro
Habló la Santa Leocadia.
Adora el pueblo contrito
Allí, la efigie sagrada
Del Hombre-Dios, y es su asombro
Ver su diestra desclavada.
Desde que Apolo sus rayos
Esparce, hasta que montañas
Erguidas, velan su disco
Luciente en distantes playas,
No cesan las peticiones

En la basílica santa:
Prueba que los toledanos
Su fe primitiva guardan. (1)

(1) La romería que en Toledo se conoce con este nombre, se verificaba desde tiempo inmemorial en la Parroquia de S. Cristóbal, situada en la plazuela que lleva el mismo título, al O. de la ciudad.

Al ser trasladado el grupo de imágenes ante quien se celebraban los cultos, á la Parroquia de S. Cipriano, se continuó en la forma que hoy tiene lugar en la Basílica de Santa Leocadia ó de los Concilios, conocida vulgarmente por la ermita del Cristo de la Vega.

APÉNDICE I

Notas á la tercera edición de las «Tradiciones y Recuerdos de Toledo»

El sepelio de una mártir

Los datos apuntados en esta tradición, están tomados de la creencia del pueblo, trasmitida de palabra hasta nosotros, como también lo están las noticias que referentes á Santa Leocadia, se encuentran en la obra *Historia de los Templos de España*, de D. Juan de la Puerta Vizcaino y D. Gustavo A. Becquer, tomo I.

La Iglesia hoy Basílica de Santa Leocadia ó del Cristo de la Vega—pues con ambos nombres se la designa—fué la primera casa de oración edificada por los neófitos cristianos de Toledo: lo confirma la historia admitiendo su existencia desde el día en que se dió paz á la Iglesia, siendo, según puede comprobarse, los demás templos de épocas posteriores.

La plaza de la Victoria

Los pormenores de la batalla librada en esta plaza por las huestes de D. Alfonso VIII y los partidarios del rey de León, se encuentran consignados en la historia de Toledo, escrita por Alcocer, de donde sin duda se había tomado la nota que nos sirvió de guía en la anterior edición. Lo que no hallamos en obra alguna, es lo que se refiere en Toledo: que la plaza donde tuvo lugar este encuentro, se nomina desde entonces *La Pla-*

za de la Victoria, y que los héroes adictos al Rey que en aquél tomaron parte, se hallan depositados en la Parroquia de San Román.

Un convite y una dádiva

En un M. S. propiedad de un religioso franciscano exclaustrado de esta ciudad, hemos leído las noticias expuestas en la tradición de este nombre de la manera siguiente:

«Concluída toda la fábrica de San Juan de los Reies comieron estos con los frailes de la orden de S. Francisco, y después que la estrenaron se la dieron por morada para siempre.»

Véase lo que con referencia á este particular dice D. Aureliano Fernández Guerra en su artículo titulado *Cruz de la Portada de ingreso al Convento de San Juan de los Reyes, hoy Museo provincial de Toledo.*

....«Pero algunos rechazan tal aserto, y á nuestro juicio con valiosas razones para ello, asegurando que desde su principio fué el pensamiento de la fundadora edificar templo é iglesia para frailes franciscanos.» (1)

Las campanas de San Lucas y Santo Tomá

Bajo este epígrafe narra el pueblo el hecho histórico apuntado en la tradición del mismo nombre Eugenio de Robles, en su *Vida y hazañas del Card*

(1) Consúltese lo que dicen sobre el destino de San Juan de los Reyes, Hernando de Pulgar en la «Crónica de los muy altos y esclarecidos Reyes Católicos» y el P. Pisa, libro IV, cap. 38.

nal D. Fray Francisco Jiménez de Cisneros, dice de este acontecimiento en la página 231:

«También es de advertir, que en tiempo de las Comunidades, los comuneros quitaron de esta iglesia (refiriéndose á San Sebastián) y de las de San Lucas y Santorcaz, las antiguas campanas que tenían, para aprovecharse del metal dellas, como lo hicieron de la Parroquial latina de Santo Tomé y de otras muchas iglesias de Toledo.»

En el Apéndice III del libro *Pedro de Alcocer*, publicado en Sevilla el año 1872, se da noticia de las alhajas que tomó de la Catedral Doña María de Pacheco.

El premio de unos zapatos

Hemos procurado rebuscar entre los documentos del Colegio de Doncellas de Nuestra Señora de los Remedios alguno que nos proporcionara noticias más detalladas que las que nos suministra la tradición, mas nuestro deseo ha sido frustrado.

Nada existe que se relacione con el suceso que narramos en el artículo que lleva este epígrafe, á no ser dos esculturas del grupo que hay sobre la dórica portada de la Iglesia del Colegio, que acaso representen las hijas del anciano maestro de calzado.

Están al pie de la Virgen en ademán suplicante.

El Cristo de las Aguas

Existe en el archivo de la Real Congregación de la Santa Vera-Cruz y Cristo de las Aguas, un códice, escrito en pergamino y con letra gótica, que lleva la fe-

cha de 1549. Su contenido son las Ordenanzas de la mencionada asociación, establecida en aquella fecha en el *Carmen Calzado*, convento construído años antes del arriba dicho.

Esta obra, nada contiene referente á la imagen del *Cristo de las Aguas*.

Consérvase en el mismo archivo una bula expedida en Roma el año 1581 por el Sr. Cardenal Alexandro Farnesio, en la cual ya se hace mención de tan renombrada imagen, que el pueblo apellida *de las Aguas*.

Véase un trozo de la expresada bula:

....«Petrus Aloysius Falconerius Camerarius Universis et singulis charissimis in Xpo Confratribus Societatis Sanctmi Crucifixi Vere-Crucis, in æclesia et Monasterio Beate Maríæ de Monte Carmelo in civitate Toleti.»

De lo expuesto se deduce con facilidad que la venida ó aparición de esta imagen en el Tajo, tuvo lugar entre las dos fechas antedichas.

Otro manuscrito antiguo, conservado entre los precedentes documentos, demuestra la creencia popular sobre el origen del Santo Cristo.

Uno de los versos que contiene, textualmente dice así:

«Con asombro de Toledo
Y mucho más de su Tajo
Os vieron el río abajo
Navegar cual marinero.

ESTRIVILLO.

Y pues sois su tesorero
Tan fiel y repartidor,
De las aguas infernales
Libertad al pecador.

Nos extraña notablemente que el P. Pisa en su 2.ª parte de la *Historia de Toledo*, ó sea la inédita, no cite al *Santo Cristo de las Aguas* al ocuparse de la Parroquia de Santa Eulalia y del monasterio del Carmen Calzado; y es justa nuestra extrañeza, puesto que dicha obra tiene la fecha de 1612, en la que como se colige de los precedentes párrafos, ya debía haberse verificado la aparición de la sagrada imagen.

Acaso la fe inusitada que por entonces se tenía en Toledo con la efigie recientemente aparecida, fué la causa de semejante omisión; omisión subsanada en la bula de que hemos transcrito un interesante párrafo.

El Agua de la Virgen

En el M. S., propiedad del religioso francisco antes citado, se lee lo que sigue:

«Mediado el siglo XVII, un año, en la fiesta de la Virgen del Sagrario, estuvo á poco de perecer un niño noble en los brazos de su madre. Le rociaron con el agua de las cisternas del claustro y volvió en sí.»

En los libros existentes en la Catedral no se menciona este acontecimiento.

El héroe del Tajo

Este episodio, narrado en las TRADICIONES, y algunos más de la inolvidable *Guerra de la Independencia*, los escuchamos de los labios de nuestro abuelo paterno al pie del Castillo de Orgaz, en las tardes del invierno de 1869.

La piedra blanca del Cristo de la Luz [1]

El octogenario hijo de Toledo D. Francisco Bermúdez, nos refirió el episodio de la tradición de este epígrafe, añadiéndonos que, aunque pocos, ya existían algunos faroles de alumbrado público por entonces.

El Salto del Fraile

No conocemos obra ni manuscrito que haga mención de los sucesos que tomados del pueblo referimos en este artículo.

Acaso sean consejas, ó al menos, hechos desfigurados por las generaciones.

Dos genios burlados

Al final de la tradición de este título, queda manifestado como tuvimos noticia del fracaso en ella descrito. La calle que el pueblo denomina *del Arquillo de San Miguel* lleva en el *nomenclátor* de las calles de la ciudad hecho el año 1864, el título de *calle del Cobertizo de San Miguel*.

La cuesta que en el citado nomenclátor lleva el título *de Capuchinos* se nominaba en lo antiguo *cuesta de Santa Leocadia*, por hallarse próxima á la cárcel donde aquella Santa sufrió el martirio.

El hijo del Arzobispo

De lo contenido en esta tradición, han sido testigos los habitantes del callejón de los Niños Hermosos y nosotros mismos; huelgan por tanto aclaraciones.

(1) Así se denomina á la Imagen que antiguamente se la decía *de la Cruz*.

El Alcázar de Toledo.

Hemos reunido en la tradición de este nombre cuanto del Real Palacio toledano refería el pueblo en la noche del 9 de Enero de 1887, cuando el citado edificio era por tercera vez pasto del fuego.

El Jardín de la Roca Tarpella

Nada sobre el particular hemos hallado escrito, y por tanto, cumplimos nuestro deber evitando se pierda esta tradición, valga lo que valiere.

No obstante, parécenos que ésta anda equivocada al asignar origen romano á ruinas de construcciones que en nuestro humilde juicio pertenecen á la época árabe.

Recuerdos

Todos los publicados están escritos á la vista de la Historia de Toledo y crónicas particulares; y los que describen una costumbre, son relato exacto de ella.

APÉNDICE II

Tradiciones y recuerdos de Toledo, que han publicado diversos periódicos y obras particulares, con expresión de sus autores y fechas.

El Romancero del Cid.—(Tradiciones varias.)
Elección de Wamba.—Biblioteca de AA EE. tomo X.
Milagro del Cristo de la Luz.—Id. íd.
Entrada de Wamba en Toledo.—Id. íd.
Castigo que dió Wamba al rebelde Paulo.—Id. íd.
Rodrigo, electo Rey de los Godos.—Id. íd — G. Laso de la Vega.
Ampara Rodrigo al Duque de Lorena.—Id. íd.—Sepúlveda.
Rodrigo abre la cueva de Hércules.—Id. íd.
Al mismo asunto.—Id. íd.
De cómo se enamoró D. Rodrigo de la Cava.—Id. íd.
Rodrigo viola á la Cava.—Id. íd.—Anónimo.
Quéjase la Cava viéndose violada.—Id. íd.
La Cava escribe á su padre y le pide venganza.—Id. íd.
Toma de Toledo por Tarif.—Id. íd.—Sepúlveda.
Fúgase de Toledo Alfonso VI.—Id. íd.—Anónimo.
Refúgiase en Toledo Alfonso VI.—Id. íd.—Sepúlveda.
El Arzobispo D. Bernardo y la Reina Doña Constanza despojan á los moros de su Mezquita Mayor (la antigua catedral).—Id. íd
El Judío de Toledo.—Pliego suelto, publicado en la misma obra y página 355.—Anónimo.
Romancero compilado.—De Agustín Durán.—*Varios romances de Toledo.*

Romances Históricos.—El Duque de Rivas.

El Día de San Ildefonso en Toledo.—José Gelabert y Hore.—Madrid, 1844.—(Tradición histórica.)

La Virgen de los Alfileritos.—Semanario Pintoresco Español.—Año 1856.—Diego Montaut.

Recuerdo del Puente de San Martín.—Los Cigarrales de Toledo.—Martín Gamero, 1857.

La Virgen del Valle.—Recuerdo de esta romería, por Antonio Sánchez y Barrios.—Toledo, 1865.

Las Llaves de la Ciudad.—Apuntes para una Crónica.—El Tajo.—10 Setiembre 1866.

La Noche Toledana.—El Tajo.— 30 Setiembre 1866.

El Hombre de Palo.—Bellezas de Toledo.—De Rato y Hevia, 1866.—Páginas 37 y 38.—Tiene esta misma obra la tradicion *Noche Toledana.*

La Leyenda del Cristo de la Luz.—Folleto publicado por la redacción del periódico *El Tajo* en 1867.

A buen juez mejor testigo.—Leyenda de Zorrilla, reproducida en la *Biblioteca Universal* en 1876.

Matar á oscuras.—Publicada por la *Ilustración Universal*, de Madrid.—Eduardo Saco.

Juego de cintas celebrado en Toledo en Enero de 1878.—1879.—Juan Moraleda y Esteban.

Tradiciones de Toledo.—Eugenio de Olavarría, 1880.—Madrid.

Los Palacios de Villena.—Publicada por el periódico de Madrid, *La Mañana*, en 1880.

Dos palabras acerca de las Tradiciones del Sr. Olavarría.—Juan G. Criado.—Toledo, 1880.

La noche grande de Toledo.—Publicada en *El Duende*, periódico toledano, en 1882.—E. Izquierdo.

Datos tradicionales del alfange de San Pablo.—El mismo periódico, 1883.—Juan Moraleda y Esteban.

Tradiciones y Recuerdos de Toledo.—Juan Moraleda y Esteban.—Toledo, 1883.

El primer ensayo (tradiciones varias y poesías).—Ramón Lozano.—Toledo, 1883.

Tradiciones y recuerdos de Toledo.—Segunda edición.—Juan Moraleda y Esteban.—Toledo, 1884.

Noticias sobre la casulla de San Ildefonso.—El Folk-Lore, de Toledo y su provincia, 1884, número único.

Toledo y el mazapán.—Hoja suelta.—Daniel García Alejo.—Toledo, 1884.

Entre el amor y el deber.—Carlos Peñuelas (Kroker).—Toledo, 1884.

La leyenda de la Cruz en Toledo.—Los lunes de *El Imparcial*, 1884.—Eugenio de Olavarría.

La Capilla de Santiago.—Kroker.—Carlos Peñuelas.—Toledo, 1884.

La Leyenda de la Virgen en Toledo.—Revista religiosa de Madrid.—Juan Moraleda y Esteban, 1885.

Tradiciones y Leyendas, de Gustavo Adolfo Becquer, publicadas en Madrid, en 1885.—Tomo I y II de la 5.ª edición.—Varias tradiciones de Toledo

Notas á la segunda edición de las *Tradiciones y Recuerdos de Toledo*, por Juan Moraleda y Esteban.—Toledo, 1885.

Amores que matan.—Folleto publicado en Toledo con el nombre de *Ecuaciones de segundo grado.*—D. A. R. y J. N., 1886.

Zayda.—Leyenda histórica.—Federico Lafuente.—Toledo, 1886.

Santa Leocadia.—Leyenda histórica, en verso, por Francisco Valverde y Perales.—Toledo, 1887.

El Cristo de la Luz.—Tradición por Pedro Escamilla.—Madrid, 1887.

La *Revista Popular*, de Barcelona, publicó no há mu
cho una tradición referente á *Doña Beatriz de Silva*
Toledo.—Leyendas, descripciones, narraciones y apun
tes de la imperial ciudad.

Bajo este epígrafe está en la actualidad publicand
varios artículos Juan Marina, en el periódico *L*
Ilustración Ibérica.

APÉNDICE III

El hombre, en todo lo que hace, titubea y se engaña; no llega á la verdad más que por errores corregidos. JAMÍN.

INEXACTITUDES

Notas bibliográficas [1]

Varias son las obras descriptivas y tradiciones de la encantadora sultana del Tajo, Toledo, que han visto la luz pública de 50 años á la fecha.

Todas sin excepción sŏn debidas al pacienzudo ingenio de reputados escritores, formando en conjunto una filigranada maceta literaria digna de encomio.

No obstante, unas han alcanzado más popularidad que otras, y todas junto á los perfumados pétalos de sus descripciones que vivifican el pasado, esconden inexactitudes de mayor ó menor importancia, cual la rosa sus espinas.

Atribuímos éstas, no á la carencia de conocimientos precisos ni á mala fe de los autores; sí á la ligereza con que han consignado en sus obras algunos datos, sin parar tal vez en inquirir su origen y verdad, con su imparcial crítica; y decimos esto, porque hemos leído algunas líneas que parecen haber sido escritas sin haber siquiera visitado la artística ciudad.

Por esto vamos á exponer sucesivamente las inexac

(1) Este trabajo se publicó en Abril de 1886 en el periódico de Toledo *El Centro* con ligeras variantes.

titudes culminantes que hemos hallado en las obras y tradiciones más divulgadas desde la época dicha—sin tocar otras más antiguas ya juzgadas y apuntados sus lunares—á fin de que estas inexactitudes queden reparadas en honor de la verdad y en bien del viajero, del artista y el historiador.

Obras

Toledo pintoresca, 1845.—Dice en su pág. 25, línea 4.ª que la *Puerta de la Feria*—de la Catedral—se nomina también del *Niño Perdido.*

En Toledo sólo se conoce con este nombre la puerta que da acceso á la Catedral por medio de los Claustros bajos y que se halla debajo del arco que une el Palacio Arzobispal con la Metrópoli; se la da este nombre, no por la razón expuesta en la obra del señor *de los Ríos* en la página citada, línea 20, sino porque en su parte interior se halla pintado al fresco el rapto y martirio del *Niño de la Guardia.*

La misma obra dice que el *mosaico* de la Capilla muzárabe representa *La Concepción.* Lo que realmente representa es *La Virgen* que con su *Hijo* en brazos viene al mundo á herir al dragón infernal, cuadrándole perfectamente el título del *Socorro.*

Añade el libro citado que las Parroquias muzárabes han desaparecido.

No hay tal. Lo que se ha hecho es suprimir el culto en algunas de ellas; pero las únicas que se han demolido son las de San Marcos y San Torcuato, advirtiendo que esta última ha desaparecido en la época de la revolución de Setiembre, no cuando se publicó *Toledo Pintoresca.*

En los grabados que publica intercalados en el texto

hay dos que representan el *Puente de Alcántara* y el *Artificio de Juanelo*, tomados desde diverso punto, y aparecen en la obra con distinto nombre, leyéndose al pie de uno: *Puente de San Martín.*

Por último, no fueron las columnas de la *Basílica de Santa Leocadia*, las que se trasladaron al *Hospital de Santa Cruz,* sino los capiteles de las mismas, así como la *Puerta de Doce Cantos*—antiguamente *Doce Caños ó Cauces*—nunca se llamó de *Doce Santos.*

Se la nomina indistintamente *Doce Caños ó Cantos*, porque á su lado hubo en tiempos doce grifos y doce cantos, donde el pueblo llenaba sus vasijas de agua potable.

El *Album artístico de Toledo* del Sr. Assas, 1848, consigna que la *Casa de Mesa* fué *Sinagoga,* siendo público que perteneció desde antiguo á la familia de los *Guzmanes é Illanes.*

Del *Toledo en la Mano* del Sr. Parro, 1857, debemos apuntar lo siguiente:

En la columna de la derecha de la entrada á la capilla de San Ildefonso, en la Catedral, hay un hueco que cierra una pequeñita verja de hierro.

Asegúrase que en él se contienen unos pedazos de la *calabaza de Santiago,* siendo por ello objeto de veneración singular este sitio.

El Sr. Parro cree ésto un absurdo y dice que le parece más verosímil que hubiera allí dentro en otra época alguna reliquia puesta al construir el pilar; opinión que se derrumba por sí sola, pues se nota á simple vista que la mencionada rejilla no se puso al construir la columna, sino mucho después.

Dentro del pequeño hueco, vense tres trozos de madera oscura con vetas claras y longitudinales: todos son

cóncavos, de superficie interior algo lisa y la exterior rugosa.

Al observarlos hoy nos ocurre interrogar lo siguiente:

Según fué regalado á esta Santa Iglesia un pedazo del *cráneo de Santiago el Mayor,* ¿no es posible que fueran también donados estos trozos de la calabaza del mismo apóstol, y puestas en el mencionado lugar para mayor veneración....?

En otro párrafo dice el Sr. Parro, que en la bóveda sita bajo los sepulcros de D. Alvaro de Luna y su esposa, en la Capilla General de la Iglesia Primada, existen aún los cadáveres de los citados personajes.

D. Manuel López Coronado, Presbítero, Beneficiado y Sacristán mayor en dicha Catedral, que en unión del juzgado de primera instancia bajó á dicha bóveda en 1869 á raíz del primer gran robo de la Iglesia, manifestó á sus amigos *que allí no había mesa ni esqueleto alguno en derredor de ella, y sí sólo unos cuantos huesos hacinados sobre tierra muelle.*

Historia de los Templos de España, 1857.—En esta obra del Sr. Assas, se dice como en la *Toledo Pintoresca* que el Pastor de las Navas ocupa un lugar preferente en la Capilla Mayor de la Catedral.

Esta estatua no representa al *Pastor de las Navas* como los citados afirman.

Su traje, su capucha, y, sobre todo, su bastón de muletilla, indica que es Prelado muzárabe, puesto en la columna del Altar Mayor como emblema de la Dignidad abacial muzárabe. Así lo manifestó un erudito en la *Revista Religiosa* de Madrid no há mucho tiempo.

Respecto á la *Puerta de la Feria* de la Catedral, recordamos cuanto expusimos al hablar de la *Toledo Pintoresca.*

El grabado que representa en este libro el *Cerramiento lateral de la Capilla Mayor*, sobre las ventanas en que hay verjas de hierro, muestra diversos escudos de armas, cuando el original sólo tiene las de Castilla y León. Al pie de estas rejas ningún escudo trae el mencionado grabado y en el original se ven armas con media luna.

El dibujo de la puerta y verja de la *Capilla del Bautismo* representa incompleta la columna del lado de la epístola, siéndolo en verdad la del costado del evangelio.

Arqueología Cristiana Española, por R. Vinader, 1871.—En la página 194 dice que es de estilo mudéjar San Pedro Mártir, Monasterio de Dominicos, hoy Establecimiento de Beneficencia. San Pedro Mártir no tiene nada absolutamente de este género arquitectónico.

En la segunda edición de la *Historia de España*, de D. Manuel Ibo Alfaro, en su página 141, se lee que el retrato de D. Esteban de Illán está en la cúpula del Altar Mayor de la Catedral.

Donde se ve su estatua ecuestre pintada al fresco es sobre la puerta de la Capilla de San Ildefonso de la Catedral Primada.

Plano y guía del viajero en Toledo, por E. Valverde, 1885.—Este guía recientísimo, apunta en primer término las almas que encierra Toledo, sin tener en cuenta que el número que cita existía antes de crearse en la ciudad la Academia General Militar Española.

Trae á continuación un *nomenclátor*, copiado del antiguo de la capital, suprimiendo algunas calles notables y trastornando en otras sus entradas y salidas. Es inútil y hasta perjudicial para el viajero, por lo arriba dicho.

Hablando del Salón-Sacristía de la Catedral, dice el Sr. Valverde que está vestido de mármoles en su pavimento y paredes.

El pavimento sí lo está, pero no sus paredes.

La Administración Central de Correos no está situada en la calle de su nombre como el mismo *Guía* anuncia.

Habla del *Cuartel de Capuchinos,* y no existe; pues se demolió hace años y se edificó sobre sus ruinas un nuevo establecimiento dependiente del Alcázar de Carlos V, sirviendo al presente de salas de estudio y dormitorio á los alumnos de la Academia General.

El Teatro de Moreto también ha desaparecido hace diez años.

El Artificio de Juanelo se demolió cuando se construyó sobre sus mismos cimientos el edificio que encierra la turbina que surte de aguas del Tajo á la ciudad. (1)

Los grabados de los *Puentes y Puertas de San Martín y Alcántara* los reproduce sin haberlos examinado, resultando cambiados sus nombres, como en la *Toledo Pintoresca.*

Tradiciones

En el tomo del *Semanario Pintoresco Español*, correspondiente al año 1856, en su página 307, apunta datos tradicionales D. Diego Montaut y Dutriz, sobre la imagen de *Nuestra Señora de los Alfileritos*, colocada á la veneración pública en una hornacina próxima á la casa núm. 32 de la calle que lleva su nombre.

Atribuye el articulista á la citada imagen una antigüedad que no puede suponérsela, y dice que *probablemente sería traída al lugar que ocupa por unos caba-*

(1) Funciona dicha turbina desde 1870.

lleros cristianos que en la reconquista de la ciudad la tomaron de una torre árabe, donde servía de mofa.

Con decir que la *Señora* en cuestión se halla pintada sobre tabla y revela ser del siglo XVII, cae por su base la supuesta tradición. Más verosímil es pensar que fuera colocada donde se encuentra en tiempo de los galanteos y retos, época de que data la creación de los muchos retablos que existen en las calles de Toledo.

En cuanto á lo que el escritor aludido dice respecto á la costumbre de las toledanas, de ofrecer y depositar ante la imagen diminutos alfileres, con objeto presumible, tiene razón y hace cuanto debe al elogiarla.

El inmortal poeta D. José Zorrilla, en una tradición nominada *A buen juez mejor testigo,* dice en su parte II:

Más lejos se ve el castillo
De San Servando ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.

Poco favor hace al castillo que según las crónicas tantos recuerdos evoca: véase la *Toledo Pintoresca* y se convencerán los lectores de esta verdad.

En el periódico de Madrid titulado *La Ilustración Universal,* publicó hace años el Sr. D. Eduardo Saco una tradición nominada *Matar á oscuras,* en la que aparece como asesino de Elisio de Medinilla, D. Agustín Moreto.

En la obra del Sr. Gamero, cuyo título es *Los Cigarrales de Toledo,* en su página 168 y siguientes, se ve, después de acertados razonamientos, que el autor de la citada muerte fué D. Jerónimo de Andrada y Rivadeneira.

En el libro de *Tradiciones de Toledo,* del Sr. Olavarría y Huarte, publicado en Madrid en 1880, hallamos las inexactitudes siguientes:

El Cristo de la Luz.—Dícese en esta tradición que el Cristo estaba en la ermita de su nombre, constando que se hallaba colocado sobre la Puerta Agilana. (1)

El Palacio Encantado.—Todos los autores están conformes en que estuvo fuera de la ciudad de Toledo, como dice en su tradición del epígrafe antedicho el Sr. Olavarría, contradiciéndose á poco él mismo.

Allá van leyes donde quieren reyes.—En la tradición de este nombre dice que el misal romano *bien pronto no fué más que un montón de ceniza.*

La tradición verdadera en Toledo asegura *que el misal romano saltó de la hoguera y el gótico ó muzárabe quedó ileso entre las llamas.*

Las bodas de Abdallah.—En esta tradición supone el autor que en el *Valle de Agalen*—hoy ermita del Angel—situado en el lugar nominado *Solanilla*, tuvieron aquéllas lugar.

Conformes en que el *Valle de Agalen* se llame hoy *El Angel*; pero no es posible admitir que el mismo lugar se nominase *Solanilla*, pues la huerta que así se llama, está próxima al *Baño de la Cava*, en la margen opuesta del río y frente á la Basílica de Santa Leocadia, ambos monumentos sitos á bastante distancia de la ermita del Angel.

Santiago del Arrabal.—En esta tradición expone el Sr. Olavarría un párrafo principalmente inexacto en todas sus partes.

Supone ser un cuento la crucifixión del Niño de la Guardia.

---

(1) Consúltese el *Historial del Santísimo Cristo de la Cruz y Nuestra Señora de la Luz*, escrito por el Rdo. P. M.º Fray Bernardo Piñas, del Orden de Santo Domingo, con notas de D. Luis Hurtado, 1649. (Guárdase este M. S. en la Biblioteca Provincial de Toledo.)

Este autor merece verse con precaución, pues no es todo lo veraz que se le supone.

Si alguien, asociándose á su modo de pensar, dudara del martirio del citado niño, consulte el Proceso íntegro de tan notable hecho histórico publicado por el R. P. Fidel Fita en el *Boletín de la Real Academia de la Historia,* número de Julio y Setiembre de 1887.

La vindicación y aclaración de cuantos cargos intenta hacer el autor de las tradiciones á San Vicente Ferrer, puede verse en la obrita titulada *Cuatro palabras sobre las tradiciones del Sr. Olavarría* por Don Juan G. Criado, publicada en Toledo en 1880.

El Pozo Amargo.—En esta tradición dice el autor que la calle del Pozo Amargo termina en la misma orilla del río Tajo.

No es cierto. Esta calle termina en la plazuela de Don Fernando, así nominada por haber allí existido una casa de recreo de tan piadoso Monarca.

La Peña del Moro.—En esta última, que en Toledo se nomina *La Peña del Rey Moro,* se olvida el escritor de los términos en que está concebido el convenio hecho entre Alfonso VI y Al-Mamún en Toledo, y ratificado en el pueblo de Olías del Rey.

En la obra del Sr. D. Gregorio Pérez de Miranda, nominada *El Primogénito de Alburquerque,* en la cual se encuentran numerosos datos de Toledo, existen algunos inexactos, debidos al desconocimiento de la topografía de la ciudad.

No es posible que desde las torres del Alcázar, como dicho señor supone, presenciara persona alguna en tiempo de D. Pedro I de Castilla el asalto del puente de San Martín, pues parte de la población, nominada en lo antiguo Barrio de Montichel y hoy de San Cristóbal, impide ver dicho puente desde las torres de la fortaleza real.

En el librito publicado por D. Ramón Lozano en 1883, y que se titula *El primer ensayo,* hay varias tradiciones toledanas.

De la que el autor nomina *El Rito Muzárabe,* se deduce que el mismo quedó abolido por D. Alfonso VI, y en realidad no fué así. Quedó vigente el rito *Isidoriano* en seis parroquias llamadas muzárabes.

En otra tradición que nomina *El Fratricida,* dice que saliendo un jinete por Visagra,

Más que galopar, volaba,
Camino de San Cervantes.

Para ir al citado castillo de San Cervantes, sabido es que hay que cruzar el puente de Alcántara, y no salir de la ciudad por la puerta de Visagra.

En la tradición del Sr. Kroker, titulada *Entre el amor y el deber,* publicada en el año 1884, se lee en la página 4.ª que D. Juan de Rivera acampaba con parte del ejército de D. Carlos V en el hospital fundado por el Cardenal Tavera.

Habrá querido decir el autor anónimo *(Peñuelas)* «en la explanada que hoy ocupa el hospital fundado por el Cardenal Tavera,» pues como es sabido, no existió éste hasta 1540, y la tradición aludida se refiere á 1521.

En otra tradición del Sr. Peñuelas (Kroker) nominada *La Capilla de Santiago,* dice el mismo, en su parte segunda, que el día 8 de Mayo de 1445, el pueblo de Toledo se amotinó en la plaza de Zocadeña (hoy Zocodover.) Según datos exactos, tuvo lugar dicho alboroto el año 1449.

Las inexactitudes de la 2.ª edición de nuestras *Tradiciones y recuerdos de Toledo* quedan subsanadas en esta 3.ª edición.

INDICE

	Páginas.
A mis Buenos Amigos	5
Al lector	7
Tradiciones.—*El Sepelio de una Mártir*	9
La Plaza de la Victoria	13
Un Convite y una dádiva	16
Las Campanas de San Lucas y Santo Tomás	20
El Premio de unos zapatos	23
El Cristo de las Aguas	27
El Agua de la Virgen	31
El Héroe del Tajo	34
La Piedra Blanca del Cristo de la Luz	38
El Salto del Fraile	41
Dos Genios burlados	43
El Hijo del Arzobispo	48
El Alcázar de Toledo	52
El Jardín de la Roca Tarpeya	58
Recuerdos.—*Origen de Toledo*	65
Cátedra subterránea	67
Una Fiesta entre romanos	68
El Rey vencido y el vencedor	70
Ultraje por ultraje	74
La hazaña de Pero Ansúrez	78
Hidalguía castellana	81
Noche de venganza	83
La elección de Juan Tavera	86
El Día del Corpus	91
Los Reviernes	93
Apéndice I.—Notas á la tercera edición de las Tradiciones y Recuerdos	97
Apéndice II.—Tradiciones y Recuerdos de Toledo que han publicado diversos periódicos y obras particulares, con expresión de sus autores y fechas	105
Apéndice III.—Inexactitudes. Notas bibliográficas	109